



**Universidad de El Salvador**  
*Hacia la libertad por la cultura*

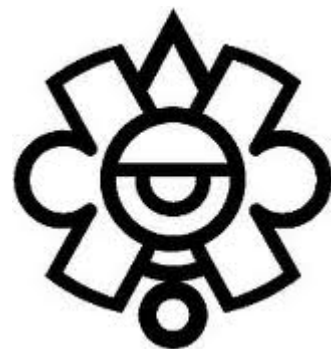


**Instituto de Estudios Históricos,  
Antropológicos y Arqueológicos**

**VIVIR EN LA PEDRERA.  
RELATOS ETNOGRÁFICOS DE COMUNIDADES VULNERABLES A  
RIESGO AMBIENTAL, DISTRITO V, SAN SALVADOR, EL SALVADOR.**



**LAS DIGNAS**



## **Prólogo**

**Jorge Juárez**  
**Director del IEHAA-UES**

## Introducción

Cada año oímos en la radio o vemos en la televisión salvadoreña acerca de las consecuencias lamentables de las lluvias torrenciales que se abaten sobre la capital. También escuchamos continuas declaraciones de las autoridades en turno remitiéndose a los posibles apoyos por ofrecer, como a determinadas recomendaciones de evacuación. Sin embargo, aparece una y otra vez la idea de considerar la posibilidad de atender a esta problemática de otra manera, sin ofrecer mayores pistas. Únicamente se escuchan las voces de los especialistas que explican el evento sólo como un acontecimiento natural, para el cual se requiere de medidas exclusivamente técnicas. Y, surge la pregunta: ¿Qué pasa con las personas que viven y padecen las inundaciones y deslaves, acaso no es un asunto importante dentro de sus vidas?

A las respuestas de las y los ingenieros, geólogos, meteorólogos, etc., cabe sumar otras, más propias de los científicos y científicas sociales, que refieran directamente a los sujetos sociales, a su vida, a su pensamiento. Y en este contexto surge un proyecto de investigación antropológica<sup>1</sup> amparado por tres instancias: el Instituto de Estudios Históricos, Antropológicos y Arqueológicos de la Universidad de El Salvador (IEHAA-UES), la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), de México y la Organización No Gubernamental feminista Mujeres por La Dignidad y La Vida (Las Dignas). Estudio cuyo objetivo central es conocer de cerca lo que piensan las propias personas sobre estos acontecimientos, unas veces cotidianos y otros más urgentes.<sup>2</sup> Cómo viven y enfrentan estos eventos; acercarnos a su mirada, a sus aflicciones, pero también a sus anhelos. Es decir, lograr una perspectiva más social y humana.

Horizonte que no es completamente negro o blanco, sino que está lleno de matices, así como es su vida, llena de contradicciones, pero que pocas veces nos detenemos a escuchar o siquiera a imaginar. Con la presente publicación pretendemos crear este puente de acercamiento, que complemente el conocimiento necesario para fincar mejores políticas sociales y al mismo tiempo sirva de portavoz de las personas que amablemente compartieron su cotidianidad y nos regalaron su confianza.

Por lo regular los resultados de investigación, en cualquier ciencia, corren dentro de los círculos académicos, de especialistas, y en pocas ocasiones llegan a ser difundidos en ámbitos no especializados. Su utilidad social únicamente se ciñe a la propia ciencia, quedando pendiente su traducción o empleo en los espacios más públicos, institucionales u organizacionales. Situación que representa un problema de comunicación, para el cual es menester imaginar posibles alternativas de solución. Una, entre muchas, lo representa el presente libro de relatos etnográficos<sup>3</sup>, donde sumamos la información socioantropológica obtenida a través de un trabajo ordenado y sistemático como lo indica la profesión, y la literatura para dirigirnos a un público más amplio y diverso.<sup>4</sup>

---

<sup>1</sup> El proyecto se titula: Representaciones sociales de género sobre el riesgo a inundaciones, la vulnerabilidad social y la participación comunitaria en el Distrito V, San Salvador.

<sup>2</sup> Otro objetivo del proyecto es crear un espacio extracurricular para formar profesionales en Antropología con perspectiva de género, empleando a la investigación como una estrategia didáctica; es decir, promover la participación directa de un grupo de estudiantes en el proyecto bajo la orientación continua de dos profesores.

<sup>3</sup> Ana Travers, Fátima Martínez, Jordan Palma y Vanessa Alvarenga, estudiantes de la Licenciatura en Antropología Sociocultural (Universidad de El Salvador), participaron de manera comprometida a lo largo de la primera etapa del proyecto, siendo un resultado los relatos etnográficos que aparecen en la presente publicación.

<sup>4</sup> Agradecemos al Lic. Pablo Benítez por el apoyo recibido a través del Taller "Voz y escritura en las Ciencias Sociales" que ofreció a nuestro grupo de estudiantes del proyecto.

Nos interesa perfilar una mirada más social, cultural, histórica y humana de las personas de carne y hueso que han ido aprendiendo a sortear las vicisitudes que les tocó vivir. Para que quien lea esta obra, pueda pensar en alternativas de apoyo y colaboración profesional, social y política, para resolver de mejor modo los problemas que enfrentan la población capitalina que habita en las cercanías de los ríos Acelhuate e Ilohuapa y sus afluentes. Entender un poco mejor las múltiples contradicciones que hay que atender. Saber que existen importantes relaciones de solidaridad entre estas personas, pero también hay temores y desconfianza ante propios y extraños, en sus diferentes versiones: autoridades, partidos políticos, organizaciones, profesionales. Que luchan y se esfuerzan por vivir mejor, por ser felices, pero también hay encono y envidias. Que cada decisión que toman está pautada por historias de carácter personal, familiar y del lugar, acompañadas por el azar y también por una fe religiosa que les da seguridad, tranquilidad y esperanza.

Esperamos que las personas que lean estos relatos encuentren una mirada distinta, que las acerque a la vida de estas mujeres y hombres; que al finalizar la lectura, sus reflexiones las aromaticen con ese café calentito que acompaña el rumbo de los días.

Ana Silvia Ortiz Gómez. Investigadora del IEHAA-UES  
José Luis Ramos Ramírez. Investigador de la ENAH

San Salvador, Octubre de 2012.

## Índice

Prólogo  
Introducción  
Un gallo para mis tamales  
Día a día  
Los nuevos vecinos  
Mirada de un forastero

## Un gallo para mis tamales

Vanessa Alvarenga

Amaneció sin prisa, el triunfante aviso del alba permanece oculto tras los trazos grises de espesas nubes; después de una velada unísona y resplandeciente los resultados son más que evidentes, el agua continúa descendiendo en forma de llovizna y el suelo saturado por la humedad ha abierto espacio a pequeños charcos. Hay neblina. La aparición esporádica de chubascos nocturnos ha prolongado el refrescante encanto del invierno en gran parte del territorio salvadoreño.

Sobre un horcón de madera posa Kiko, el gallo raquíutico de Rebeca, ¡Quiquiriquí-co! Eleva su canto como si fuera a desplumarse con cada grito. En casa de la familia Membreño, los ruidos armonizan con la actividad de la mañana: en la cocina el constante hervir del café presta el tempo, el rechinar de los huevos en el aceite y el aroma a tomate frito agregan el sabor. No hay cumbia ni reggaetón a estas horas del día, pero sí hay musicalización.

Los *huacalazos*<sup>5</sup> de agua que suenan en el baño despertaron a un *chucho*<sup>6</sup> que dormía cerca, le han sacado una *guinda*<sup>7</sup> que se ha llevado de encuentro las latas de soda que recicla Antonio. Parada frente a la estufa se encuentra Rebeca cocinando el desayuno, retira el café del fuego y se dispone a calentar las tortillas que sobraron del día anterior.

— ¡Carlitos ya está el desayuno!, dice desde la cocina.

Adormitado, luciendo una típica línea blanca de saliva en una de sus mejillas, sale Carlitos de uno de los cuartos; se restriega los ojos y espanta al gato que descansa sobre una de las sillas del comedor.

—¿Qué hay de comer?, pregunta.

—Lo mismo de siempre así que comé y cerrá el pico, responde Rebeca, mientras acomoda el plato con comida en la mesa.

Carlitos, aun aturdido por el sueño bosteza, agarra el tenedor y empieza a comer; hace una pausa para hablar con su madre:

—Mami, está haciendo *friyito*<sup>8</sup>. ¿Me vas a calentar el agua para bañarme?

Fastidiada por la cantidad de cosas que faltan por hacer y el poco tiempo que le resta para salir a trabajar, ella responde con un no, tan firme y decidido que hizo callar al *cipote*<sup>9</sup> por el resto del rato.

La puerta del baño se abrió, Carlos Membreño salió envuelto hasta la cintura con una toalla. Sin prestar atención a lo que sucedía en el comedor se dirigió al cuarto y se encerró. Rebeca apresuró el paso sirvió otro plato con comida, una taza de café, tres tortillas tostadas y una semita; todo lo cubrió con una manta. Corriendo agarró una toalla y se dirigió al baño recién desocupado.

Eran las 6:30 de la mañana cuando la puerta del cuarto de Rufina y Antonio se abrió. Arrastrando sus sandalias negras de plástico y cubierto con un suéter salió el segundo, se acercó donde su nieto, lo saludó y dio el bendito; buscó una taza, se sirvió café y se sentó a las par del muchachito. Seguidamente apareció Rufina, venía peinando su largo cabello cano. Llegó donde Carlitos y lo saludó con un beso en la frente y le dijo:

—Dios le bendiga *papayito*<sup>10</sup> lindo ¿Cómo amaneció?

---

<sup>5</sup> Sustancia acarreada por un recipiente circular.

<sup>6</sup> Perro.

<sup>7</sup> Carrera.

<sup>8</sup> Frío.

<sup>9</sup> Niño.

<sup>10</sup> Variación del diminutivo de papá.

A todo esto Carlos salía del cuarto, con menos palabras que entusiasmo saludó y se sentó a desayunar.

—Vieja ¿Te tomaste la pastilla? Preguntó Antonio a Rufina.

—¡Híjole! Exclamó ella y regresó al cuarto.

Carlitos terminó de desayunar, levantó su plato, lo dejó en el lavadero y se fue bañar. Rebeca terminaba de arreglarse en el cuarto.

En una repisa poblada por imágenes y figuras de santos y vírgenes, Rufina buscaba aquella pastilla amarilla de sabor amargo que debe tomar todos los días a las 6:30 a.m., ya no recuerda cual de todos sus padecimientos alivia, pero si es consciente que no puede dejarla.

—¡Viejo la inyección! Exclamó con preocupación.

Antonio dejó el pan con café a medias y se fue donde Rufina inmediatamente. Ambos habían despertado tarde y habían olvidado los veinte y seis miligramos de insulina que ella debe recibir diariamente por las mañanas.

En el pasillo que constituye la cocina, el comedor y el baño, Rebeca corría a contra tiempo, faltaban diez minutos para las siete y ella aun no había salido de casa.

—¡Carlos, decile a ese muchachito que se apure por el amor de Dios! que no ves que ya es bien tarde; si no sale a tiempo te lo vas a tener que llevar vos. Dijo Rebeca con tono alterado.

Carlos terminó su desayuno y se levantó del comedor dejando los utensilios sucios en la mesa, se acercó a la puerta del baño y tocó tres veces; sin necesidad de gritos y palabras, el niño comprendió que era hora de salir. Se fue corriendo, envuelto de pies a cabeza con su toalla.

El reloj seguía moviendo sus agujas indiscriminadamente y a Rebeca se le hacía cada vez más tarde.

—Bueno, me tengo que ir, Carlos ahí llevas a ese zope a la escuela.

Carlitos encogió los hombros esperando la segura *chamarreada*<sup>11</sup> de parte de su madre.

—Si ya me fije que bañado de zope te has hecho, según vos yo nací ayer; gran *botason*<sup>12</sup> de agua que haces de puro gusto ¡como si fuera regalada la cosa!

Finalmente Rebeca cogió su cartera y se despidió

—Hoy si ya me agarró la tarde, adiós Don Toño, adiós Rufina, nos vemos más tarde ¿Quieren que les traiga algo del centro?

—Ay si, mamita, acérquese le voy a dar un mandado. Dijo Rufina.

Rebeca con mucho respeto entró al cuarto.

—Mire mamita le voy a dar este dólar para que me traiga unos *chufles*<sup>13</sup>, es que fijese que ya se me están acabando y a Antonio le gustan. Agregó Rufina.

—Está bien, yo se los traigo. Nos vemos más tarde. Dijo Rebeca, agarró el dinero y se fue.

Así transcurría la mañana en este pintoresco hogar. Lugar en el cual habitan siete personas: tres descendientes masculinos de Rufina y Antonio y dos de sus nueras.

Rufina y Antonio tienen más de dos décadas de vivir en esta casa. Llegaron a la colonia durante la primera mitad de la década de 1980. Para ese entonces la colonia era un terreno indómito, el zacate alcanzaba casi un metro de altura; había una sola calle de polvo, algunos arroyuelos atravesaban las pequeñas veredas. El lugar era todo un paraíso para las *cotuzas*<sup>14</sup> y otros animales salvajes.

Habían transcurrido un par de horas y la casa permanecía en silencio, solo una persona seguía durmiendo en casa.

Roberto es el hijo mayor de Daniel Membreño, el segundo hijo de Rufina y Antonio. Él emigró a los Estados Unidos cuando Roberto era aun muy pequeño. Por azares de la vida, o por resultado de decisiones difíciles, a los cinco años, Roberto tuvo que mudarse con sus

---

<sup>11</sup> Regaño o llamado de atención.

<sup>12</sup> Derramar y/o desperdiciar.

<sup>13</sup> Inflorescencia de planta tropical que crece en la región.

<sup>14</sup> Roedor de pelaje castaño, mide aproximadamente de 40 a 60 centímetros de largo. No tiene cola.

abuelos. Actualmente, es un adolescente de dieciséis años que abandonó sus estudios luego de acompañarse con Nancy, otra estudiante que es un año menor que él.

Él pasa parte de la mañana en casa durmiendo, sale después de almuerzo y regresa muy tarde por la noche. No tiene empleo y los vecinos le acusan de estar vinculado a una pandilla. Tiene su propio cuarto en la casa. Nancy está cursando noveno grado en una escuela pública de la zona, al terminar las clases se dirige sin escalas a un centro comercial cercano en el cual trabaja como cajera.

Chilla la puerta de la habitación de la joven pareja, silencioso como un fantasma sale de él Roberto, se acerca a unos percheros que están en la pared y hala una camisa cuadriculada de botones, camisa que Nancy había planchado la noche anterior; se la pone sobre un centro blanco que tiene el símbolo en color negro de *nike*<sup>15</sup> al centro del pecho, todo lo combina con unos jeans azul y unos zapatos *nike cortez*<sup>16</sup> también negros. Camina hacia el espejo que está en la pared del baño, de una repisa de madera saca un bote de *Moco de Gorila*<sup>17</sup> y comienza a estirar su cabello en forma de púas. Cepilla sus dientes y sin pronunciar una sola palabra se va.

En el jardín se encuentra Rufina buscando entre sus matas de güisquil un par de frutos para la sopa del almuerzo. A su espalda pasa Roberto, y ella solo alcanza ver de reojo su sombra.

—Que la virgencita me proteja a este muchachito, susurra.

Continuó en su tarea. En lo alto de la ramada estaba un güisquil tan verde como una esmeralda, grande y muy tierno; intentó alcanzarlo con su vara, pero su rodilla derecha no le permite sostenerse tanto tiempo con ambos brazos extendidos hacia arriba. En las bolsas de su delantal ya tiene cuatro hermosos güisquiles, su intención es bajarlos todos para que no se floreen, caigan o se pudran.

—¡Viejo! Grita, ¡Antonio! Vení por favor.

Antonio estaba a pocos metros de allí, aplastando unas botellas de plástico. Él las recoge y guarda en un gran saco para luego venderlas a empresas recicladoras. Al escuchar la voz de Rufina dejó su trabajo y caminó hacia ella.

—¿Qué pasó? Le preguntó.

—Mira que chulo ese *güisquil*<sup>18</sup> que está allá arriba, bajámelo por favor, es que yo no puedo. Vieras que me amaneció doliendo la *canilla*<sup>19</sup>, quizá lo fresco de la mañana me hizo daño.

Antonio agarró la vara, se paró sobre un tronco y haló con fuerza, el güisquil se desprendió y mientras caía lo pescó en el aire; lo revisó cuidadosamente y le dijo a su esposa:

—Mira, ya estaba floreando ¿Lo dejamos para sembrarlo?

En lo que Rufina se acercó a ver, uno de los güisquiles que carga en las manos se le cayó. Al mismo tiempo, saltó de entre las hojas un bulto amorfo. Es el intrépido Kiko, que en un santiamén picoteó el vegetal.

—¡Shu, shu, shuuuu! ¡Gallito éste! Exclamó. Mira, este Carlitos bandido, lo más seguro es que no le ha dejado comida al pobre animal. Así fue el otro día, ahí andaba por el barranco rompiendo unos *pampers*<sup>20</sup> sucios; como esta gente *chuca*<sup>21</sup> lo ha agarrado de basurero, el gallito lo menos que puede hacer es aprovechar. Dijo dirigiéndose a su esposo. Y mira, el palito de chiles ¡todo se lo voló! Ya le vamos a torcer el pescuezo a este maloso.

Antonio solo sonrío ante las palabras de su esposa.

Por la calle del pasaje viene caminando Rosario, una vecina, amiga muy querida de la familia; al ver los güisquiles le pidió a la pareja que le vendiera un par. Rufina se acercó y

---

<sup>15</sup> Marca de ropa, zapatos y accesorios deportivos.

<sup>16</sup> Marca y estilo de zapatos que con frecuencia utilizan los pandilleros.

<sup>17</sup> Gel para el cabello.

<sup>18</sup> Hortaliza de fruto verde también conocido como *chayote*.

<sup>19</sup> Pierna.

<sup>20</sup> Pañales desechables.

<sup>21</sup> Sucia.



le dijo que se llevara tres, que eran regalados. Muy agradecida Rosario, los tomó y caminó hacia su casa.

Son las once de la mañana, el firmamento se ha despejado y el sol brilla con gran vigor. Rufina se sienta en una de las sillas del comedor y comienza a limpiar la flor de izote; ya ha encendido el fuego de la hornilla que ella misma construyó en el patio, solo necesita llevar el perol con agua y los ingredientes.

Antonio sigue afanado cortando los güisquiles. Desde el pasaje sonó un silbido, es el *sharky*, también vecino que vive a pocas casas de ahí, se ofreció a ayudarlo a cambio de un par frutos.

—Buenos días don Toñito, dijo, está bien cargada la matita ¿No quiere que le ayude? Tal vez conseguimos algo para el almuerzo, agregó refiriéndose a sí mismo.

—¡Si hombre! Si aquí lo que faltan son manos para cargarlos. Tomá llevate estos tres que tengo aquí. Dijo Antonio, mientras le entregaba los *güisquiles*.

La pareja cree firmemente que la generosidad es un don y una bendición, lo primero porque no todas las personas pueden ser dadivosas, y lo segundo porque al obsequiar se recibe más de lo que se da. Ambos han sido muy generosos, nunca han negado el alimento o bebida a quien lo necesita; esto se debe a que son católicos muy devotos y tratan de poner en práctica día a día los valores que profesa su religión.

—Ya están limpias estas florcitas, dijo Rufina. Agarró varios pares de chufles y otros vegetales y los depositó en un recipiente; agregó cebolla en rodajas y otras plantas aromáticas y las llevó al patio.

Desde su infancia, Rufina se acostumbró a cocinar en hornilla. Aprendió de su abuela el acucioso arte de escoger la leña, sacar la ceniza, atizar el fuego, mantener la brasa; esta práctica prolongada le robó parcialmente la vista y le obligó a usar lentes a sus treinta años de edad. En su hogar tiene una estufa que funciona a base de gas, pero la alterna una o dos veces por semana, específicamente cuando cocina frijoles; así, según ella, economiza el gas. Mientras se traslada al patio, observó algo en las cañerías de agua potable que despertó su atención.

—Mira viejo, ha nacido una guía de *pastes*<sup>22</sup> en las tuberías... Se detuvo un par de segundo para apreciar mejor y agregó: ¡Híjole, esas voladas van a terminar cayéndose! Es de ir buscando quien las repare o las bote porque vos así como pasas con esos tus dolores en la espalda, es mentira que lo vas a poder hacer.

Rufina siguió con su tarea, acomodó el recipiente con los ingredientes sobre el fuego y empezó a soplar; buscó un trozo de cartón y lo utilizó como abanico. Continuó conversando sobre el tema de las tuberías y se dirigió nuevamente a su esposo:

—Deberíamos desarmar la estructura y guardar las piezas útiles; de todas formas de nada nos sirve esa alambra ahí colgada. Ya no usamos el agua del contador de José y desde que compramos las mangueras y nos pasamos al contador de Argentina ya ni volvimos a platicar de la reparación...

—¿Cómo decís? Le preguntó Antonio. Él estaba distraído moviendo unas láminas en el barranco que se encuentran en el ala sureste de la propiedad.

—Mirá, dijo Antonio ignorando la conversación de las tuberías y enfocándose en una preocupación mayor, va haber que limpiar el barranco, la tormenta de anoche arrastró hoja y unas matas de bambú ya están a punto de irse para abajo; peligroso en un temporal se desbarranquen encima de la casa de Camilo.

—Dios ni lo quiera, respondió Rufina, si viene Robertito temprano le decimos que nos ayude... y hablando de eso, continuó, ya viste cómo está el lado de la cárcava, ¡ese volado de allí da miedo vos! ¡No ves que el agua se ha carcomido la tierra y ha dejado la plancha de cemento en el aire! Yo le digo a Marcos que esté pendiente, porque Dios no quiera en un invierno fuerte se vayan con todo y casa en ese hoyo. La última vez le pedí que me

---

<sup>22</sup> Planta cuyo fruto fibroso es empleado como esponja de baño.

acompañara a traer plástico al MOP<sup>23</sup> y ¿crees que quiso? Allí como solo cipotes viven. Agrega, mira yo, ahí tengo bien guardaditas las quince yardas que me dieron... y esto me recuerda que ya va siendo hora de que cambiemos esas viejas que están todas rotas...

Rufina caminó unos cuantos pasos y cortó el único chile que sobrevivió al ataque del gallo, lo aplastó con una cuchara y lo depositó en la sopa. Entonces recordó algo:

—¿Ahora es la reunión con la promotora de la alcaldía verdad?

—Sí, es a las dos de la tarde. Respondió Antonio.

Él continua imbuido estudiando las formas de evitar que el terreno continúe erosionándose; no es una preocupación que circule a menudo por su cabeza, pero ya experimentó las primeras tormentas y eso le indica que el invierno está a la vuelta de la esquina.

La sopa de Rufina ya emana sus exquisitos aromas. Su empeño y dedicación le mantienen revolviendo ocasionalmente, adicionando sal y diferentes tipos de especias al manjar. Cuando cocina, Rufina sufre una metamorfosis, sus ojos brillan con ardor, sus manos se mueven con mayor agilidad, sus sentidos del olfato y el gusto se agudizan; es como una vieja pasión que siempre regresa.

—¿Te acordás cuando se nos hundió el barril? Pregunta Rufina, aguarda un rato, con la mano derecha extrae sopa del recipiente, sopla y vierte un poco sobre su mano izquierda, lo prueba, saborea por un par de segundos... y agrega ¡si vos ni estabas ese día! Bien me acuerdo yo, fue para aquella mentada tormenta Ida, cuando hubo aquel tremendo deslave. Ese fin de semana llovió toda la noche, yo pasé en vela y vos roncando ni te movías.

—No pues sí, con ese *friyito* bien rico dormí. Responde con una sonrisa, Antonio.

—Cuando te quede la casa de sombrero vas a dormir más rico. Dijo Rufina con un tono más serio. ¡Qué barbaridad de agua cayó esa noche! Yo estaba adentro de la casa, vos ya te habías ido a trabajar, cuando de repente escucho la gran tronazón en el patio. ¿Dios mío qué será eso? Pensé y salí a ver... ¡¡y qué diantres!! ¡No se había hundido completito el barril! Cuando vos regresaste don Chepe ya tenía bien avanzado el relleno. Más vale que no *encementamos*<sup>24</sup> todo el lugar, imagináte ni cuenta nos hubiéramos dado; ahí estuviéramos como con la cárcava, caminando sobre el puro concreto.

Antonio sonreía ante las palabras de su esposa; no obstante, esa sonrisa era una máscara de seguridad bien elaborada. Sabía que las palabras de Rufina eran ciertas y que de una manera u otra sus vidas estaban en las manos de un poder mayor.

—Hay que encomendarnos a Dios mujer, él siempre nos ha protegido y bendecido con su grandeza; está en sus planes divinos si esta casa se cae o no. Cuando las cosas son para uno, no hay quien se las quite de encima; sino, recordá lo de la difunta Estelita, que Dios la tenga en su gloria.

Ambos retomaron sus tareas en silencio.

Se hizo la hora de almorzar. En casa solo están Carlitos, Antonio y Rufina. Esta última sirvió tres platos rebosantes de sopa; ansioso y hambriento Carlitos espera por las tortillas. En la escuela solo había comido unos churritos y soda.

—Papito, vaya a quitarse el uniforme y se lava las manos por favor. Dijo Rufina.

Carlitos se levantó haciendo pucheros, corrió a su cuarto, se quitó su uniforme de escuela, se puso una camiseta blanca y una *calzoneta*<sup>25</sup>. Volvió a la mesa y comenzó a comer.

Todo está en absoluta tranquilidad y orden: las tortillas calientes sobre la mesa, el queso fresco servido en hojas de huerta y la gente comiendo. Ni los chuchos ni el gato están velando comida, ellos también meriendan cada cual en su plato; pero, falta alguien, a quien no se le ha visto ni una sola de sus escuetas plumas desde el incidente del güisquil.

Kiko, el único gallo que servirá para tamales, ha entrado sigilosamente al cuarto de su dueña, rompió el saco donde almacena el maicillo y se está dando la fajada del año. Estando dentro, decide curiosear un rato, tal vez probar algunas de las exquisiteces que

---

<sup>23</sup> Ministerio de Obras Públicas.

<sup>24</sup> Aplicar una capa de cemento sobre una superficie.

<sup>25</sup> Pantalón corto.

habitan en la casa. Su suerte, ahí estaba, sobre la pared unos cuantos centímetros por encima del tocador descansa un succulento saltamontes. El gallo trepa en búsqueda de su platillo favorito, despliega sus alas y en un salto lanza su ataque... ¡Chinglin! Suenan los perfumes de Rebeca cuando se estrellan contra el suelo.

—¡Virgen santísima ¿Qué fue eso?! Segurito que es Kiko, exclamó Rufina y agrega, Carlitos, no cerraste la puerta cuando saliste del cuarto ¿verdad? Anda saca ese gallo y revisa que no haya quebrado nada. Tu mamá va a estar bien enojada cuando venga.

Carlitos camina hacia la escena del crimen en búsqueda del mal hechor. El gallo aún está en el lugar intentando cazar al invertebrado, voltea su cabeza para enfocar bien a su víctima, se prepara para el segundo asalto, esta vez será la definitiva: se acurruca, engrifa sus *canutillos*, afila su pico sobre la madera...

Detrás de él camina Carlitos en *puntillas*<sup>26</sup>, trata de atraparlo a traición. Kiko, el sutil ladrón aborta la misión saltamontes y emprende una nueva: huir; para lograrlo da un brinco que provoca un escándalo que se escucha hasta en el comedor. El resultado: el niño sale victorioso, carga su trofeo por las alas y sin pensarlo dos veces lo traslada al patio.

—¿Qué te pasó papa? pregunta Rufina.

Sin responder, Carlitos entra y se lava las manos. No se ha fijado que resultó herido en batalla, tiene un rasguño en una de sus mejillas que sangra débilmente. Rufina se fija y preocupada le dice:

—¡Santo niño de atocha, qué gallito más malcriado! Mira lo que te hizo papa, si por mí fuera, hoy mismo despescuezo esa chulada ¡Gallo más feo, ni plumas tiene! Vení, te voy a limpiar esas heridas antes de que se te infecten.

Vuelve la mirada a su marido y dice:

—Cubríme la comida que andan un montón de moscas y esas bandidas son más vivas que vos y yo juntos.

Nadie ha terminado de almorzar, Antonio permanece en la mesa ingiriendo sus alimentos; Rufina está en su cuarto limpiando las heridas de Carlitos con alcohol. La puerta de la entrada suena, es Roberto. Camina dentro de la casa, saluda a su abuelo, busca con la vista a Rufina y al no encontrarla pregunta:

—¿Y mami Fina?

—Está en el cuarto, con Carlitos. Responde Antonio.

Roberto asiente con la cabeza y se dirige a la habitación donde están Carlitos y Rufina.

—Buenas tardes, mamita. Dice al verla.

—Buenas tardes papayito ¿Va a comer?

—Sí. Responde.

—Espereme un ratito, solo voy a terminar de curar a este cipote.

Limpia bien las heridas y cierra la operación con un beso en la frente. Carlitos regresa al comedor; Rufina va a la estufa, ahí ha dejado la comida, sirve un plato colmado de sopa y lo lleva hasta la mesa donde espera Roberto.

Así transcurre la hora de almuerzo en casa de la familia Membreño. Luego de comer, Rufina recoge los platos, los deposita en el lavadero. Antonio se va a ver las noticias al cuarto, Roberto a dormir y Carlitos a ver caricaturas en el cuarto que comparte con su madre y padre. Rufina inicia la tarea de limpieza, pero recuerda que hay otros trastos cerca de la hornilla. Cuando sale aprovecha para darle una espiadita a la cárcava. La deforestación, la suciedad y el alto grado de erosión del terreno le hizo reflexionar sobre el aspecto del lugar, recordó que no se parecía nada a como estaba el día que se mudaron a la colonia. Allí se detuvo por un momento a contemplar los fantasmas del pasado, aquellas épocas rebosantes en tristezas y necesidades.

Rufina Ventura de Membreño, nació el siete de junio de mil novecientos treinta y cuatro, su alumbramiento fue muy tradicional, sin hospitales, anestesia y antibióticos; todo estuvo a cargo de su abuela paterna. Su recibimiento fue sabotado por un temporal que la historia

---

<sup>26</sup> Caminar sobre las puntas de los pies.

designa como “La ruina del 34”. La partera no logró llegar al lugar a causa de las inundaciones y deslaves que bloquearon las calles más importantes del pueblo donde vivía. Así nació Rufina, entre mujeres conocidas, a la sombra de un crudo invierno.

Vivió, creció y se casó en su pueblo natal, se mudó por primera vez a los pocos meses de casada. Antonio alquilaba la casa de un primo en un cantón muy cercano de allí. En ese lugar nació su primer hijo. Cambiaron tantas veces de hogar, alquilando o compartiendo casa con otros familiares, que a veces prefirió no pensar más en ello. Cuando llegaron a San Salvador, las cosas se agravaron, en varias ocasiones no les alcanzaba ni para el alquiler y eso les llevaba, especialmente a ella, a convivir con personas que la humillaban y le maltrataban a sus hijos; incluso un familiar lejano intentó clavarle un cuchillo.

Un buen día, un amigo cercano le comentó a Antonio sobre la venta de unos terrenos en una nueva lotificación llamada “Las Pedreras”, él ya había comprado uno y mencionó que aun había otros lotes baratos cercanos al de él. Sin pensarlo dos veces, Antonio decidió ir a conocer. Al llegar se llevó una muy buena impresión, especialmente del clima; resolvió comprar un ‘pedacito’. El precio era accesible, con razonables facilidades de pago: treintaicinco colones mensuales por diez años. El trato les recortó el presupuesto, pero los esfuerzos extras valían la pena: ¡Por fin tendrían un lugar propio! Comenzaron viviendo en una *champa*<sup>27</sup> en la que Antonio trabajó personalmente en la construcción. Rufina, estando embarazada por cuarta vez, laboraba vendiendo tamales. Se mudaron en el año de mil novecientos ochenta y dos.

Así terminó sus labores Rufina: acogida por un enjambre de recuerdos y sentimientos, traspasando las barreras de la distancia y el tiempo.

Faltan quince minutos para las dos y la pareja debe prepararse para ir a la reunión que la promotora de la Alcaldía de San Salvador ha programado. Rufina se tomó sus pastillas, cambió el delantal por una camisa limpia, desenredó su cabello, lavo sus dientes y despertó a Antonio, quien luego de ver las noticias había tomado una siesta. Salieron de casa a las dos en punto.

La Alcaldía Municipal en coordinación con la directiva de la colonia, está llevando a cabo la construcción de una canaleta que recorre el pasaje “El Bambular” y beneficia a más de veinticinco familias. Las negociaciones no fueron fáciles, pero luego de varias semanas de debates y deliberaciones ya han concretado el plan e iniciado la obra; ahora solo deben realizar una asamblea general para informar los detalles y avances a los demás habitantes del lugar.

Rufina y Antonio llegaron con cinco minutos de retraso, el paso de la edad les hace peso en la columna y debilita su andar. La asamblea ha tomado lugar en una curva espaciosa de la calle principal, cerca de la tienda más grande y próspera de la colonia. Se han dispuesto sillas y bancos en forma de arco, allí esperan aproximadamente de veinte a treinta personas. La promotora pasa lista persona por persona.

Ella es una señora vivaz, de treinta y cinco años de edad, tiene facilidad de palabra, seguridad y firmeza en sus decisiones. No ganaría el premio de *Miss Simpatía*, si de su popularidad dentro de Las Pedreras se tratase, pero, al fin y al cabo ¿Qué funcionario del gobierno lo hace? Definitivamente tiene un espacio en el corazón de la población.

Rufina y Antonio se acomodan en una banca, saludan a sus amigos y hermanos en religión, recuerdan que el grupo de oración se llevará a cabo en casa de Cecilia al finalizar la asamblea. Dolores, la presidenta de la directiva, se acerca a ellos; en señal de cariño y respeto abraza a Rufina y da la mano a Antonio. Les agradece por atender la convocatoria y enfatiza en lo significativo de su participación. También les recuerda que deben invitar a más familiares, principalmente a las y los jóvenes.

Se da inicio a la sesión con un par de minutos de retraso. La concurrencia guarda silencio y se arranca con el primero de los dos puntos anotados en agenda: brindar información del proyecto que se lleva a cabo en el pasaje “El Bambular”. El saludo es dirigido por Dolores,

---

<sup>27</sup> Casa provisional construida a partir de materiales mixtos.

luego toma la palabra la promotora y se dispone a traducir algunas de las formalidades contempladas en el documento oficial del proyecto: su duración, el presupuesto, compromisos adquiridos y los beneficios para las y los habitantes. Habiendo explicado esto solicita encarecidamente que vigilen la zona donde se está llevando a cabo la obra, pues los albañiles le han informado en dos ocasiones, sobre la desaparición del plástico que cubre la grava y la arena.

—Me extraña que estén sucediendo este tipo de cosas aquí, yo conozco a esta colonia como un lugar sano, poblado por personas honradas; les pido de favor que vigilen los materiales, el bien es para ustedes mismos. Organícense, hagan patrullajes, alternense la responsabilidad... Dice la promotora.

Antonio la interrumpe y le dice que en la zona ni siquiera hay iluminación, que en esas condiciones cualquier bandido o borracho puede llegar a llevarse los materiales. A esto ella responde:

—Se me ha informado que se está llevando a cabo una gestión que cubre la completa iluminación de la colonia, pero mientras sucede por favor colaboremos.

Una voz grave suena entre los asientos del fondo y dice:

—No sé por qué se nos está atribuyendo esa responsabilidad —de vigilar los materiales—; yo he trabajado como albañil en obras de ese tipo y déjeme decirle que la empresa encargada incluye en el presupuesto sueldos para vigilantes, incluso de alquiler de bodegas. Si las cosas están desapareciendo ¿Por qué no alquilan una bodega y/o contratan un vigilante? Esos gastos ya vienen estipulados en el monto. Mire, si de haber querido, ahí está la casa de Esteban que solo es ganas, bien podían alquilarla para guardar las cosas.

La promotora se quedó meditabunda, dejó el tema del patrullaje y dijo que iba a solicitar que la alcaldía le enviara por lo menos a un agente del CAM<sup>28</sup>, para que vigilase los materiales de construcción.

Después de esta intervención las personas presentes se sintieron más en confianza y comenzaron a buscar solución a sus problemas. Quienes tienen carro solicitaron la pronta reparación de la calle principal; una señora pidió que mandaran a especialistas a talar un árbol de amate que está a punto de dañar el tendido eléctrico en su propiedad, dos personas más se quejaron por unos hoyos en sus pasajes. La promotora cortó las quejas con una sola observación:

—Señoras y señores, déjenme recordarles que aquí se han perdido muchos proyectos porque aun no se han actualizado los estatutos de la directiva. No son las instancias gubernamentales las que están negando los servicios, son ustedes mismos quienes se cierran las oportunidades. Llevo más de un año de estarles presionando para que trabajen en la formación de una nueva directiva porque a ésta ya se le venció el plazo. Necesitamos como mínimo veintidós personas que se comprometan, que aparten tiempo y lo dediquen a la colonia.

El ambiente se puso tenso, las miradas se cruzaron en búsqueda de personas que pudieran asumir los cargos; después de un rato las esperanzas se asentaron, casi a nadie le interesa un puesto en la directiva. Siempre los ojos y labios apuntan a las mismas personas, mujeres y hombres que sucumbieron ante el desencanto de los conflictos que conlleva tal responsabilidad. El voluntariado está en peligro de extinción en “Las Pedreras”.

Con los ánimos desinflados, la promotora pasa a hablar de detalles logísticos de la inauguración de la obra, agenda una reunión para echar a andar la renovación de la directiva y pasa al segundo y último punto de la asamblea: presentar la oportunidad de participar en la media beca para el estudio y/o aprendizaje de un oficio que ofrece un centro de formación laboral. Esta parte de la reunión fue la más corta, pocas personas se anotaron en las listas. Como la mayoría de presentes eran adultos, la promotora incitó a que llevaran la noticia a familiares jóvenes. La reunión se dio por finalizada.

---

<sup>28</sup> Cuerpo de Agentes Metropolitanos.

Eran las cinco de la tarde, empezaba a oscurecer, un viento amenazante arrastraba las hojas en los pasajes, el sacudir de los árboles alimentaban un eco espantoso entre las profundidades de la cárcava; la ropa tendida jugaba *mica* con las mujeres que corriendo llegaron a los tendederos. Faltaban dos horas para el grupo de oración. Antonio y Rufina regresan a casa para cenar y tomarse sus medicamentos.

Entre cada paso, revolotean las naguas floreadas de Rufina. Le han declarado la guerra. Se agitan de un lado a otro, se abultan como sombrilla extendida; el pudor le sonroja las mejillas, aunque no hay nadie en la calle, ella siente vergüenza de haber exhibido el fustán. Se agarró la falda con una mano y continuó avanzando.

Las luces comienzan a iluminar el juego de algunos muchachos, niñas y niños. Entre ellos está Carlitos, sostiene entre sus manos una hermosa *ondilla*<sup>29</sup> tallada en madera; con mucha firmeza apunta a un chucho que está rompiendo una bolsa de basura. Está a punto de disparar, pero le interrumpen los gritos de su abuela. Ella le dice que devuelva el artefacto, pues, de camino a casa se encontraron unos policías que andaban buscando al culpable de haber roto los vidrios de un carro. Así mismo, lo llamó y le ordenó que se fuera con ellos para la casa.

Cuando por fin el niño se acercó Rufina, dijo:

—Mire, tenga mucho cuidado, se lo van a llevar preso por andar jugando con esas cosas. Ahí andaban unos policías buscando a un muchacho que rompió los vidrios de un carro ¿No ve que es peligroso? Otra cosa, Dios no quiera, le da un mal golpe en el *sentido*<sup>30</sup> a otro niño, hasta lo puede matar. No *papayito*, con la vida y las cosas ajenas no se juega.

El niño la miró fijamente, agachó el rostro y la abrazó. Llegaron a casa.

La luz del día languidece y, a diferencia de los crepúsculos claros de verano, la tarde se ha arropado prematuramente con su velo nocturno. Adentro de la vivienda los espacios son iluminados artificialmente por varios pares de focos de colores amarillos y blancos.

Rebeca coloca un *guacal* en las esquinas del lavadero, coge de éste un par de camisas blancas que luego comienza a lavar. Carlos, su esposo, lee el periódico en una silla que está ubicada cerca del comedor. Al entrar Rufina y Antonio saludan e inmediatamente se dirigen a su recámara a buscar sus respectivas pastillas; Carlitos emocionado de ver a su madre en casa, corre y le da un fuerte abrazo.

Se acerca a hora de la cena y las mujeres de la casa dejan de lado cualquier otra actividad que estén realizando. Rebeca manda a Carlitos a la tienda a comprar huevos y otros complementos, le ordena que lleve sombrilla porque la lluvia lo puede sorprender en el camino. Siguiendo la recomendación de su madre, el niño baja un paraguas negro que cuelga de un alambre de tender ropa y sale corriendo.

Rufina se acerca a la estufa con un pichel lleno de agua, enciende un quemador y lo deja ahí. Camina hasta el refrigerador y saca una cacerola con frijoles, la tiende en otro quemador y se dedica a revolver. Lado a lado se mantienen dos generaciones de atenciones y cuidados, Rebeca y Rufina comparten el legado de una misma empresa, no lo problematizan ni añoran, simplemente aprenden a sobrellevarlo. Estas mujeres con distintos apellidos han convivido tanto como para construir y compartir una familia, más no lo suficiente para ser de la misma sangre. Son esos breves momentos de complicidad las que fortalecen esa unión.

Se hicieron las seis de la tarde y la cena está servida. Rufina enciende el televisor y sintoniza el canal nacional de su preferencia. La familia come sin prestar mucha atención. La conmemoración del veinticinco aniversario del terremoto de 1986 y la expulsión del secretario general del PP (Partido Popular) no parece llamar tanto su atención; todo cambia cuando se anuncia que la alerta verde emitida el viernes pasado se prolongará. Antonio toma el control y sube el volumen: “*La decisión fue tomada luego de analizar la*

---

<sup>29</sup> Arma artesanal hecha de madera. Utiliza la tensión de dos bandas elásticas para proyectar piedras u otros objetos redondos.

<sup>30</sup> Sien.

*susceptibilidad del terreno en algunas zonas del país, donde se prevé que se registren lluvias en las próximas horas.*” Cierra su informe el reportero.

—Bueno, va a seguir lloviendo. Expresa Rebeca.

—¿Qué es una alerta verde mami? Pregunta Carlitos.

—Una alerta verde significa que va a seguir lloviendo y que la cantidad de agua acumulada puede ocasionar el desbordamiento de ríos o quebradas, generando así daños en los cultivos o casas. Responde.

—Y... ¿Eso significa que no hay clases? Agrega Carlitos con una sonrisa de oreja a oreja.

—No te alegres, que no es para tanto. Manifiesta Carlos, integrándose a la conversación.

—Dios quiera que esto no pase a más. Cierra Rufina.

El noticiero está finalizando, los comensales se están levantando y afuera el clima se mantiene indeciso. Rufina y Antonio dejan los trastos en el lavadero, toman sus medicamentos, cepillan sus dientes y se preparan para salir. Con la biblia en una mano y la sombrilla en la otra, parten hacia el grupo de oración.

En la casa de oración —un cuarto condicionado en el terreno de Cecilia— ya esperan más de veinte personas; todas lucen muy joviales y dispuestas a iniciar el convivio religioso. El esposo de Cecilia dirige la reunión. Inicia con una breve oración y continua con las notas alegres de alabanzas; Oswaldo y su hijo menor tocan las guitarras, mientras José les acompaña con el cuatro, instrumento musical que el mismo Oswaldo diseñó y elaboró. Con las manos alzadas, moviéndolas de lado a lado, a veces girando, en otras saltando o acurrucándose; así se danza esta noche. Los minutos pasaron como el aleteo de un colibrí, el círculo religioso dio por finalizada su sesión.

Las gotas de lluvia comenzaron a desprenderse del gajo turbulento de nubes, Antonio y Rufina apresuran el paso; las calles y pasajes se vacían según estas arrecian. La gente corre despavorida buscando refugio, otras extienden sus paraguas. La calle principal brilla como el lomo azabache de una serpiente,

Estando cubiertos por el techo de su hogar, Antonio y Rufina se disponen a preparar todo para dormir; algo les impide volar hacia su nido, Roberto no ha llegado aún. Ambos se sientan en un banco a esperar pacientemente el regreso del muchacho. No pasó mucho tiempo cuando cruzó la puerta empapado. Felices de verle regresar con bienestar, la pareja se dirige a su habitación con la intención de descansar.

Con pastillas en mano y completamente *empijamada*<sup>31</sup>, Rufina toma un vaso con agua y termina con el ciclo farmacéutico. Antonio acomoda las almohadas, aparta las sábanas y ayuda a su esposa a tenderse en la cama; apaga la luz y se acuesta a dormir. Todo permanece en silencio. Los animales ocupan el pasillo de dormitorio, debajo de unas bancas se encuentran los chuchos, sobre el sillón los gatos y en los brazos de una carreta de aluminio el desdichado pollo, al cual la genética lo castigó con un decadente abrigo de plumas.

El vibrante sonido del teléfono irrumpe la serenidad de la noche. Dormitada, Rufina alza su mano para atender.

—Aló, dijo con un poco de preocupación.

—¿Mami Fina? Pronunció una voz femenina del otro lado de la línea.

—Si ¿Qué pasó mamita?

—Casi no tengo saldo, le llamaba para decirle que tío Ernesto está grave y mi mami quiere saber si puede venir mañana temprano a ayudarlo a cuidarlo.

—Si mamita, dígame que ahí voy a estar tempranito.

—Gracias Mami Fina, pase feliz noche.

Terminó la llamada. Rufina aprendió con el paso de los años que las llamadas a altas horas de la noche raras veces resultan de cosas buenas.

—¿Quién era? Pregunta Antonio

---

<sup>31</sup> Vestida con su ropa de dormir.

—Gabrielita. Dice que Neto está malito... Responde Rufina y continúa con un suspiro: mi hermanito no pasa de esta semana ¡Tanto que ha sufrido el pobre con ese cáncer! Bueno, mejor es dormir, agrega, mañana salgo temprano para allá.

El firmamento cubrió la noche con un velo turbulento. Las y los habitantes de “Las Pedreras” no tienen idea, pero la lluvia anuncia un visitante que viene desde el Océano Pacífico; la depresión tropical Doce-E está a punto de tocar sus puertas.

¡Quiquiriqui-co! Anuncia Kiko con su peculiar canto. El pobre gallo durmió bajo la mata de *güisquil* y ha amanecido empapado ¡Qui - quiquiriqui-co! Canta titiritando.

En el hogar de la familia Membreño, las mañanas son iguales: *huacalazos* de agua en el baño, *chuchos* y gatos correteando, el hervir del café, el silbido del aceite en las cacerolas... Rufina despertó temprano, ya ha tomado su ducha, desayuno y se dispone a partir. Una congoja hace un nudo en su pecho, toma una *aspirinita*<sup>32</sup> por si las dudas; empaca todos sus medicamentos y se marcha de ahí.

La lluvia cae incesante al igual que la tristeza que embarga el corazón de Rufina. Dentro del bus, ella siente su camino eterno. No es nada el bullicio provocado por el *musicón*<sup>33</sup>, el llanto de los bebés, las conversaciones, carcajadas y ronquidos; el calor del encierro... Es la cruda realidad: el sufrimiento, la enfermedad y la muerte.

Cuando Rufina llega a casa de Ernesto se encuentra con una terrible noticia: él ha fallecido. Familiares y amigos cercanos permanecen en casa esperando a que el personal de la funeraria embalsame el cadáver. Candelaria, hermana menor de Rufina y madre de Gabriela, se mantiene en constante movimiento; por un lado, coordina la hora de la misa, invita a un coro que anime con sus alabanzas la velación, por otro, encarga centenares de pan dulce y tamales... El día recién empieza y ambas mujeres deben tomar el control.

Dos días han pasado. El trajín y el desvelo del funeral han hecho que Rufina pierda noción del tiempo. Comienza a anochecer y afuera la lluvia está arreciando, Rufina toma un merecido descanso, se sirve un par de tamales y antes de empezar a comer decide marcar a su casa para saber cómo les está yendo con los derrumbes y las inundaciones.

Antonio le informa que el temporal ya ha ocasionado tres desprendimientos de tierra, dos pequeños y uno de importancia; debido al incremento del caudal del río, las personas que habitan en sus orillas han sido evacuadas y se han alojado en la casa de oración. También le cuenta un suceso que capto su especial atención.

—Dolores salió inspeccionar el funcionamiento de las canaletas. Caminaba a lo largo de la que está por la casa de Cecilia, cuando de repente sin un por qué ni para qué se detuvo a contemplar el recorrido del agua; ahí estuvo embelesada por unos segundos hasta que el ruido de un derrumbe la despertó. Unos metros adelante, justamente por donde ella debía pasar, se había desprendido un montón de lodo y piedras. Yo digo que eso es una obra de Dios, Él la entretuvo para que no le pasara nada malo... Dijo Antonio.

Rufina, quien escuchaba atentamente, rompió su silencio con un amén.

—Te cuento que Rebeca tuvo una pérdida. Agregó Antonio

—Dios mío ¿Qué pasó? Preguntó Rufina

—Kiko se ahogó...

—¡Vaya vos, no te digo! Ya me habías preocupado...

Luego de conversar con su esposo y ponerse al tanto de la situación, Rufina cortó la llamada y se dedicó a comer... Al revisar los tamales que tiene en el plato murmura:

—¡No digo pues! Uno paga por tamales de gallina y solo papa traen estas *babosadas*<sup>34</sup>... ¡ay hombre! Yo aquí con ganas de pollo y allá que se ahoga el Kiko.

---

<sup>32</sup> Pastilla para niños.

<sup>33</sup> Se dice de la música cuando se escucha a alto volumen.

<sup>34</sup> Algo inservible o defectuoso.



## Día a día

Fátima Martínez

Despunta la mañana en las casas de la orilla del río *Los Tecomates*<sup>35</sup>, hay un tibio sol y nubes grises que se apiñan en el horizonte. Son días como este en el que vuelve la preocupación de las familias que habitan ese lugar, la llegada del invierno les recuerda que sus vidas pueden cambiar de un momento a otro, ya que la corriente puede crecer de tal manera que el cause se puede desbordar llevándose todo lo que tienen.

La familia de Rosa es una de ellas. Aunque con otro peligro adicional: su casa podría quedar soterrada ante el derrumbe de los paredones de tierra que la circundan. Su vivienda es una de las tantas que se apiñan al final de la colonia La Pedrera. Si, la famosa Pedrera, su bien ganada fama se debe a lo peligroso que es transitar por sus estrechos pasajes en los que se mantienen grupos de muchachos, algunos adolescentes y otros, desde hace rato, “hombres hechos y no tan derechos”.

Antes del amanecer Rosa ya está de pie. Es la primera en hacerlo de manera casi ritual. Cuando el cansancio casi la convence de dormir un poco más, recuerda que su madre, una campesina viuda que viajó a la capital y a fuerza de trabajo y más que trabajo, creció a su numerosa prole.

La tenue luz del sol comienza a asomarse por las rendijas de la casa, sus descalzos pies sobre el frío cemento le causan escalofríos, se restriega los ojos, lanza un último bostezo y se apresura al lavadero ubicado en un rincón de la cocina. Lava su cara intentando deshacerse del desgano, del cansancio rezagado de años. Mientras se seca dirige su mirada hasta el reloj que cuelga de la pared que alguna vez fue blanca. Escucha el ronquido de sus hijos en el pequeño cuarto al lado del suyo. La habitación de sus hijos es estrecha, apenas y caben el viejo camarote y un perchero en el que cuelgan la ropa.

- ¡*Bichos*<sup>36</sup>, ya es tarde! ¿No se van a levantar?
- Como no, ya voy, es que la alarma no sonó –Responde con la voz ahogada en un bostezo alguien desde el interior.
- ¡Apúrense porque les va a agarrar la tarde!

Rosa se dirige con pasos apresurados a la cocina a preparar el desayuno de Mario y José, sus hijos varones, su tesoro. Espera que ellos tengan un futuro mejor que el de ella. Sus sueños de juventud se fueron al traste, cuando abandonó sus estudios y salió de su casa de infancia en compañía del hombre que le robó el sueño con promesas sin cumplir, con besos que pronto dieron paso a hirientes palabras. Parir a dos hijos no bastó para que una mañana la abandonara, se fue hace años, 12 quizás, con otra mujer más joven dijeron la comadre y sus vecinas. Ella no sabe, o no quiere saber, se lo deja a Dios, ya que ¿Qué puede hacer ella?

A esta hora de la mañana, calentar los frijoles, hervir agua para el café, tostar tortillas son movimientos casi mecánicos. Rosa piensa en cómo pedirle fiado a la niña Menche una *cora*<sup>37</sup> de crema para acompañar las papas que guisará para el almuerzo. Rosa no tiene empleo pero se rebusca para ganar dinero lavando y planchando ajeno; ofreciendo maquillaje por catálogo entre las vecinas; vendiendo yuca frita, pastelitos y empanadas frente a la escuela de la colonia o fruta

---

<sup>35</sup> Tecomate: Especie de calabaza de cuello estrecho y corteza dura, de la cual se hacen vasijas.

<sup>36</sup> Bicho: niño o muchacho

<sup>37</sup> Cora: Moneda de 25 centavos de dólar (quarter).

con *alguashte*<sup>38</sup> y chile los domingos en la cancha de futbol. El *pisto* que logra reunir apenas y alcanza para cubrir los gastos.

Sentada a la mesa, espanta las moscas de los platos servidos y recuerda que los recibos de agua y luz no tardarán en llegar; más tarde decidirá cuál de los dos quedará sin pagar este mes. No le gusta comer sola, así que mientras espera a que Carlos y José se acerquen a la mesa y apresuradamente tomen su desayuno, hace una lista mental de lo que deberá comprar este día en el mercado. Rosa llama a sus hijos a la mesa:

- Apúrense, se les va a enfriar la comida y van a llegar tarde.
- Ya voooooy –contesta Carlos mientras se acerca- ¿Qué hay de comer?
- Lo mismo de siempre hijo, ¿Qué más va haber?

El último sorbo de café acompaña su “Dios los bendiga”, mientras las siluetas de los jóvenes cruzan el umbral de la desvencijada puerta.

Los hermanos toman una buseta, que en 15 minutos los deja en el Centro Histórico. Con un rápido choque de palmas y de puños se despiden. Carlos se pierde en el mar de gente, apresurado recorre varias cuadras, tropezando con la basura o algún indigente a quien apenas ve, ya que la pobreza no le inmuta, pues convive con ella desde que tiene memoria. Le gusta pasar por “la avenida”, observar los encuentros casuales a cambio de dinero. Aprieta el paso, no le conviene llegar tarde a la empresa telefónica donde trabaja ofreciendo celulares en las calles, su sueldo depende de lo que venda, hay quincenas en las que apenas gana para su pasaje y almuerzo.

José es aprendiz en un taller de mecánica automotriz cerca del ex Cine Majestic. Trabaja de lunes a sábado: repara llantas, ajusta puertas, desmonta motores, ordena las herramientas.

Los domingos ambos van a la cancha, les gusta jugar futbol con sus amigos y vecinos de la colonia; José dejó sus estudios hasta noveno grado, su madre le rogó que no se arriesgara a ir al bachillerato en Instituto Fray Pedro de Gante, la pandilla que controla esa zona es contraria a la que domina en la colonia La Pedrera. Aunque él no tiene nada que ver con ellos, fue amenazado para que no se acercara al lugar. Carlos estudió hasta octavo grado, pero recibió las mismas amenazas que su hermano. No obstante, él si espera retomar sus estudios en algún momento.

En casa Rosa lava los trastes mientras recuerda que hoy a las diez de la mañana tiene que ir a la reunión del comité vecinal, así que no irá a vender fruta a la escuela. Rosa es una de las fundadoras del comité, lo crearon con otras mujeres luego de la primera inundación en La Pedrera, hace 6 años. Piensa que hay que organizarse para enfrentar el invierno que inicia. Le gusta ir a esas reuniones, ahí se encuentra con su comadre Esther, que es la presidenta del Comité, la vieja Juana y a esa vecina nueva que rápidamente demostró mucha disposición para colaborar.

La mañana es fresca y el cielo luce preñado de nubes. Al terminar sus quehaceres, Rosa sale de su casa, ahuyenta a Rocky con unas piedras, su perro de raza indescifrable, camina unos pasos y regresa, ha olvidado la manta de las tortillas. Al salir, saluda a la vecina y se apresura, se dirige a la casa de oración, ahí se reúne el comité vecinal.

Al pasar frente a la virgen de La Pedrera, se persigna. Recuerda que ya no hay aceite, arroz ni azúcar, tendrá que ir al Mercado Central ¡Y ella sin pisto!

---

<sup>38</sup> Alguashte: semilla molida de ayote.

Sus vecinas la esperan, son siete personas las que han llegado. Hoy es la presentación del nuevo promotor de la Naturalia, la ONG que esta colaborando en la prevención de deslaves e inundaciones en la colonia. Sustituye a Miriam, la promotora que trabajó en la comunidad tres meses. A Rosa no le parece extraño que se marche en tan poco tiempo, ya se acostumbró a la situación, no es la primera persona que las deja “a medias”; ya es ganancia que la ONG siga presente, porque también se ha dado el caso de que la organización ya no manda a nadie y el trabajo se interrumpe.

Rosa al observar al joven promotor, piensa en que ojalá y sea accesible y tome en cuenta sus propuestas para mejorar la comunidad, ya que cree que quienes habitan la colonia son los más indicados para hacerlo. Especialmente a ella le interesa que con el cambio de promotor se retome el tema de la legalización del Comité, de que Naturalia les apoye con el dinero faltante que les piden para el trámite. La legalización les permitirá gestionar fondos propios para hacer muros de contención y canaletas que encaucen el agua lluvia.

Tras la primera inundación hacía seis años, la primera promotora de Naturalia se acercó a La Pedrera y les propuso que organizaran a un comité vecinal para poder enfrentar los problemas que trae el invierno. Una parte de las personas que conformaban la junta directiva pasó a formar parte del comité. Sus expectativas de ayuda económica por parte de Naturalia no se cumplieron. En su momento, la técnica aclaró que la institución podría apoyarles con capacitación y donación de equipo (botiquines, capas, botas, machetes, palas) para realizar un plan de evacuación y atención en caso de desastres, pero que dinero no podía otorgarles. En todo caso, la colonia tendría que rebuscarse para reunir el dinero para legalizar su comité vecinal y así autogestionar ayuda para la comunidad.

Emprender la legalización del comité vecinal ha sido difícil. Significó conversar con Las Doñas, otra ONG que les visita, para que les apoyaran con la contratación de un abogado para llevar el proceso, el cuál se detuvo cuando no se contó con el dinero suficiente para pagar el trámite ante el Ministerio de Gobernación. Durante un año recaudaron fondos haciendo rifas, organizando paseos y por último, pidiendo una cuota mensual a las familias de la comunidad para completar el dinero. Hacia dos años, que el dinero se completó y se le entregó al abogado, quien desapareció con el dinero y su confianza.

Da inicio la reunión cuando Esther, la presidenta del comité, toma la palabra para presentar a Adrián, el nuevo promotor. A Rosa el joven le parece amable, no tan arrogante como otros que ha conocido.

- ¡Buen día! Si niña Esther me lo permite, quería que cada uno de ustedes se fuera presentando -dijo Adrián en voz alta- ¿Podemos empezar por las personas de mi lado derecho?

Rosa se pone nerviosa, no se considera muy buena hablando en público, así que cuando llega su turno se pone de pie, dice su nombre y se vuelve a sentar rápidamente, a diferencia de sus vecinos que le han dado la bienvenida al promotor y le han mostrado sus inquietudes.

La reunión está a punto de finalizar. Esther pide la aprobación de los demás para confirmarle a Adrián que se reunirán el próximo sábado para hacer una agenda de planificación. Rosa suspira. Se siente presionada a decir que sí, aunque por su mente pasan los quehaceres del hogar que desatiende al asistir.

Rosa sale de la casa de oración y con todo y pena se dirige la tienda de la niña Menche a pedirle fiada la crema. Son casi son las 12 y el almuerzo está sin preparar. Al doblar la esquina ve a José que viene a comer. Con la mano, le dice que se apure. Cuando la alcanza, le extiende la manta y le entrega dos coras para que compre las tortillas. ¡Lo bueno es que las papas se cuecen rápido en el fogón de leña!

Durante el almuerzo Rosa le comenta a José que María, su ahijada, probablemente llegue a visitarlos el próximo fin de semana. María vive con su marido y sus pequeñas hijas en Ciudad Delgado. Cada invierno viene por la comadre Esther y le insiste a Rosa que se vaya con ellas y que deje a los muchachos cuidando la casa.

José se va de nuevo a su trabajo, almuerza siempre en su casa por que le sale más barato pagar la buseta que comer en un comedor que le cobra \$1.50 por el plato de comida.

Rosa recoge los platos y los deja en el lavadero. Un gran trueno la apresura a meter la ropa a medio secar. Ve el reloj y ya casi son las dos de la tarde, se aflige, ¡todavía hay que ir al Mercado Central a comprar! Entra al cuarto para cambiarse de ropa y sale rápidamente a la calle con su bolsa del mercado colgando del hombro.

Al cruzar el puente que separa a su pasaje del resto de la colonia, recuerda cuando éste colapsó hace seis años. Desde entonces, con el invierno se asoman emociones que no le gustan. Con amargura recuerda como la creciente del río arrastró ramas, troncos, enormes piedras y dos casas de adobe, que estaban a la orilla del río. La fuerza del agua era impresionante, pero más impresionante fue ver cómo unos sinvergüenzas en lugar de ayudar a la gente a rescatar sus pertenencias o trasladar a sus pequeños a un lugar seguro, se afanaron en conseguir cuerdas, para sacar del agua los electrodomésticos que eran arrastrados por la corriente. Pasaron horas antes de que un cuerpo de socorro se acercara al lugar. Las familias afectadas por la crecida y aquellas que temieron un deslave, durmieron en colchonetas en una iglesia cercana. Recibieron agua embolsada, con el logo de un partido político; tomaron su primer alimento caliente muy tarde en la noche. Por el día, volvieron a La Pedrera, a resguardar sus casas, por temor a que las saquearan. Pasó una semana para que llegara la maquinaria de la alcaldía a retirar el lodo de la calle principal de la comunidad, el mal olor y los mosquitos eran insoportables pero estuvieron ahí para que sus casas no fueran saqueadas completamente aunque no les quedaba casi nada.

No son ni las tres de la tarde y frente a la tienda de la niña Menche se reúnen los muchachos, beben cerveza. Algunos, desde la oscuridad del ciber café contiguo a la tienda, piropean a las jovencitas. Sus risas estruendosas, se calman cuando el más alto de los jóvenes saluda:

- ¡Buenas tía Rosa!
- ¡Buenas! Mirá hijo, decíle a la Toña que me mande las revistas, la otra semana viene la Mary y se las va a llevar para hacer el pedido y todavía me falta enseñárselas a la Vero y ella siempre pide algo ¿oíste?

Ella agradece a la providencia que sus hijos, con quienes solían jugar estos *cipotes*<sup>39</sup>, trabajen y anden por buen camino.

Al subir la cuesta que lleva a la carretera pavimentada hacia La Purificación, zona turística localizada en una de las crestas de la cordillera del Bálsamo, Rosa observa las cárcavas de uno y otro lado de la calle. Hace 10 años cuando el Viceministerio de Obras Públicas construyó la carretera, colocaron un ducto que capta el agua de lluvia y la deposita en una de las cárcavas; con el tiempo ésta se fue ensanchando, a tal punto que ha sido necesario colocar yardas y yardas de plástico negro para evitar que el agua deslave aún más las orillas y se deslice la tierra. Hace cuatro años, nadie se preocupaba por ello, hasta que una madrugada de lluvia torrencial, tras un gran estruendo, los gritos de los vecinos alertaron que la casa de niña Estela había quedado soterrada. La parte alta de la cárcava del pasaje Las Magnolias se derrumbó. La gente corría pidiendo lámparas, palas, pitas, baldes y brazos, pero fue hasta las 5 a.m., poco después del amanecer, que encontraron el cuerpo de la anciana. Como Comité hicieron la petición a la

---

<sup>39</sup> Cipote o cipota: niño o niña, hombre o mujer joven.

alcaldía para que realizaran obras de mitigación, las cuales consisten en limpiar los escombros, ramas, piedras y lodo que caen a un lado de las casas o caminos.

Este es un día lleno de pesimismo para Rosa, esos recuerdos le hacen preguntarse para qué se esfuerza tanto, la mayoría de sus vecinas y vecinos no se interesa por el peligro que ella intuye que corren, son siempre las mismas personas las que se reúnen tanto para la junta directiva comunal como para el comité vecinal, pero se responde a sí misma que sería peor si ella no hiciera nada.

Al llegar a la carretera, el pito de la buseta le avisa que la espera, pero que se apure. Sube rápidamente y el cobrador, tras recibir la moneda, la acomoda en un asiento atrás del motorista. Al llegar al Centro de San Salvador, Rosa inicia su recorrido habitual entre los puestos de afuera del Mercado Central, ahí siempre se compra más barato. El poco dinero y las nubes cada vez más negras, hacen que su visita sea más breve de lo usual.

De regreso, toma el bus hacia La Purificación. Apretada y con la bolsa de las compras colgada del hombro, grita al motorista: “apúrese *maitro*<sup>40</sup>, que esto ya va lleno”. Un rumor de voces y chiflidos apoya a Rosa.

Las primeras gotas la reciben al bajar del bus. La lluvia volvió y con ella la incertidumbre. ¡Cómo ha cambiado La Pedrera! Hace 30 años, cuando llegó a vivir aquí, ver llover era una bendición. Cuesta abajo su andar es más rápido. Su cara se ilumina cuando ve la puerta de su casa entreabierta, sus hijos ya están de vuelta. Rocky la recibe con ladridos y volteretas. Carlos se asoma y rápidamente le quita a Rosa la bolsa del mercado y la pone en la mesa. Llega justo antes de que se desate la tormenta. La mujer busca unas tortillas heladas, las parte y se las arroja al *chucho*<sup>41</sup>, que las cacha en el aire.

Cuando llega a casa lo primero que desea hacer es dormir. Pero no puede, antes que nada debe hacer la cena. Calienta la comida que quedó del almuerzo y sirve los tres platos.

Rosa rasca su cabeza y piensa dos veces si plancha ahora la ropa que sus hijos ocuparan mañana o lo hará temprano, al despertar. Decide hacerlo ya y pronto. Recoge los platos de la cena, los coloca en el lavadero y les echa agua. Con un trapo limpia la mesa, sobre ella pone una sábana doblada para que el calor de la plancha no la deteriore más e inicia la labor.

La lluvia impide que sus hijos salgan a conversar con sus amigos, como lo hacen cada noche.

- ¡Buen güevazo de agua el que está cayendo Má!, le dice José al prender el viejo televisor.
- Poné “cuatro visión” le dice Rosa y se queda pensativa.
- Todavía no son la siete, ¡pérese! quiero ver si repiten el partido de apertura, el Vista Hermosa contra la Universidad de El Salvador.
- ¡Que pongas el cuatro, te digo!, ¡*mono*<sup>42</sup> este! Refunfuña mientras continua afanada planchando una camisa de manga larga.
- “...la Depresión Tropical 12E traerá lluvias moderadas y fuertes afectando principalmente la cadena volcánica y la zona costera...” anuncia el noticiero.

Es sábado, han pasado siete días y la lluvia no ha amainado. El país se encuentra en alerta roja, en emergencia nacional, pero la rutina de Rosa apenas y se ha visto alterada. Con la escuela cerrada ha tenido que salir a vender la fruta en las colonias aledañas. Ya esta atrasada, pues no

---

<sup>40</sup> Maitro: maestro, señor, hombre.

<sup>41</sup> Chucho: perro.

<sup>42</sup> Mono: niño, muchacho.

encuentra el nylon negro con el que tapa su canasto. Rocky ladra y desde afuera se oye ¡Buenasssssss!

- Buenas, grita Rosa, ¿Qué la trae debajo del aguacero comadre? Pase, pase rápido que se puede enfermar le dice a Esther. Observa bien y niña Chana y niña Martha la acompañan.
- Mira Rosa, es que estamos pensando en que se debería evacuar a la gente que esta cerca de los paredones, ¡no vaya a ser que vuelva a pasar lo de la niña Estela! Además, el *riyo*<sup>43</sup> está que rebalsa y...!!
- Mmm ¿Segura? Dice Rosa sacudiendo el nylon que estaba en un rincón de la cocina. Es que esta gente no se va a querer salir, ¡acordáte que los malillas se meten a las casas a sacar lo que pueden!
- Pues por lo menos que saquen a los bichos y a la gente grande. ¡Que se queden cuidando los hombres! Es que mira, ya anda aquí el mentado Adrián de Naturalia y si no ve que evacuamos, va a decir que es por gusto tanta capacitación. Así que vengo por usted para que me acompañe, tal vez nos hacen caso.
- ¡Ay no! Piensa Rosa, otro día sin venta. ¡Vamos pues!, viendo resignada el canasto que se quedará en la mesa.

Las mujeres lámpara en mano y con capas donadas por Naturalia, van de puerta en puerta diciéndoles a las personas que hay que evacuar, que el refugio temporal está en la casa de oración. Son muchas las negativas, aunque de tanto insistir algunas mujeres y niños se han instalado en el refugio.

Rosa vuelve a su casa pasadas las 7:00 pm, está cansada. A diferencia de otras noches, hoy no siente miedo de caminar por los pasajes oscuros de la comunidad, hay presencia policial y militar.

Mañana debe despertarse aún más temprano para poder ayudar en la casa de oración y a todos los vecinos. Mucho trabajo le espera y le angustia de que mañana será otro día en el que no venderá la fruta que le ayuda a obtener los ingresos de la comida diaria. Pasa su mano sobre la frente y se consuela pensando en que eso no será tan grave si reciben ayuda de la alcaldía y las ONG's por lo menos con la alimentación.

Cuando la lluvia cesa todos vuelven a casa, la rutina vuelve a sus vidas. Rosa vuelve a tener más tiempo para vender fruta y antojitos, ofrecer su catalogo de cosméticos a sus vecinas, y los quehaceres domésticos, esos que siempre ha realizado desde que dejó su hogar de la infancia y formó el suyo.

---

<sup>43</sup> Riyo: Río.

## Los nuevos vecinos

Ana Travers

-Es más fresco acá - pensó Carla al bajar del camión que su padre había prestado para la mudanza y que ahora estaba *parqueado*<sup>44</sup> frente a la que sería su nueva casa.

Carla Quezada es una joven de 19 años que hace poco había comenzado a ir a la universidad. Antes vivía junto a su madre, padre y abuela en una colonia donde tenía varios amigos y amigas de su edad, sin embargo su familia había sido forzada a mudarse porque estaban construyendo una carretera que pasaría justamente encima de su casa.

-¡Ayudá a tu papá a bajar las cajas! – gritó su madre desde dentro de la nueva casa.

-¡Ya voy! – respondió de mala gana. No le agradaba la idea de dejar todo lo que ella conocía y comenzar desde cero en un lugar que por el momento era desconocido. Además las cajas estaban pesadas.

Mientras iba y venía con las cajas, miraba alrededor para reconocer el lugar donde viviría a partir de ahora. Era una casa modesta pero acogedora, estaba ubicada en el pasaje San Antonio (el 4to pasaje de arriba hacia abajo sobre la calle principal), tiene dos habitaciones, un baño, sala, cocina y un patio. Lo único que le molestaba era que frente a su casa había un paredón de tierra – Por lo menos no es tan alto – pensó. Pero esto no la consoló, porque al ir y observar su patio se dio cuenta que éste terminaba siendo un paredón que amenazaba con derrumbarse sobre las casa que se encontraban más abajo.

Su padre la observó acercarse al borde del patio y mirar hacia abajo con cara de preocupación – No se cae tan fácil la tierra, ¡No se preocupe!, además está algo lejos de la casa, nos da tiempo de salir corriendo - dijo en tono burlón mostrando una amplia sonrisa para tranquilizar a su hija - Mejor vaya para adentro a ayudar a su mamá y a su abuela a sacar las cosas de la caja, yo voy a acomodar los muebles. En estas labores transcurrió su primer día como los nuevos de la colonia La Pedrera.

La mañana siguiente su abuela le pidió que la acompañara a la tienda que había visto sobre la calle principal, al ir caminando ambas se dieron cuenta que no sólo en su pasaje había paredones de tierra sino que casi en toda la colonia - Ya viste en donde nos vino a meter tu *tata*<sup>45</sup>, en cualquier momento nos cae encima ese poco de tierra. ¡Primero Dios no nos pase nada!

Carla no hizo ningún comentario, trataba de no pensar en eso para no angustiarse, así que se concentró en ver las demás casas y a las personas que transitaban en la calle. Su mirada se dirigió hacia el final de la calle principal donde un grupo de hombres hablaban y bebían animadamente, su abuela también se fijó en ellos - Tan temprano y ya están chupando, han de ser malillas - le expresó con una mirada seria - Ojalá no sean *mareros*<sup>46</sup> - murmuró.

Al llegar a la tienda, el señor que las atendió se dio cuenta que eran nuevas vecinas y comenzó a platicar con ellas.

-¿Ustedes son las que se pasaron a una casa de la Pilar? - se animó en preguntar el señor.

-Sí, desde ayer estamos acá, mucho gusto soy Cecilia y ella es Carla - respondió su abuela, quien al mismo tiempo volteó su mirada hacia el final de la calle al escuchar las escandalosas risas de los hombres.

---

<sup>44</sup> Estacionado.

<sup>45</sup> Papá o padre.

<sup>46</sup> Pandilleros.

-Mucho gusto yo soy Roberto, pero me pueden decir don Tito - respondió amablemente - No se preocupe, ellos no son peligrosos, sólo son *bolitos*<sup>47</sup>, a los de más allá si debe tenerles más cuidado - dijo señalando un grupo de casas apiñadas ubicadas al final de la calle principal.

-¿Por qué? - se atrevió a pregunta Carla.

-Es que dicen que ahí si hay mareros, no andan todos tatuados, pero nadie puede ir a esa zona por la noche porque dicen que no lo dejan pasar o si entra a saber si logra salir-aseguró el señor.

-Bueno, no nos asomamos por ahí entonces ¿Verdad? - dijo mirando a su nieta - ¿Por dónde podemos comprar tortillas? - preguntó cambiando rápidamente de tema.

-En este pasaje de arriba - señaló el señor.

Mientras iban camino a comprar las tortillas Carla pensaba en lo que su abuela había dicho sobre su padre - Adónde nos has venido a meter papá, si no nos matan los mareros, nos morimos en un deslave - decía para sus adentros - Seguramente el amigo que le vendió la casa no le dijo nada acerca de esto - ¡*Puchica*<sup>48</sup>, pensó!

El verano había sido inusualmente largo. ¡Octubre y hasta entonces comenzaba a llover! Pero eso mantenía a Carla más tranquila porque el río estaba casi seco y ni siquiera llega a tocar el muro de contención que tenía en parte de su orilla.

Su familia poco a poco se había ido adaptando a La Pedrera. Al ser su abuela la que pasaba más tiempo en casa había logrado hacerse de varias amigas de su edad, las cuales la invitaron al grupo de oración y, siendo ellas las que pertenecían a la Directiva Comunal también la llevaban a capacitaciones y talleres que daban las ONG que trabajaban en La Pedrera.

Esa noche de viernes caía una de las primeras lluvias, su abuela contaba animada lo que hacía durante el día con sus nuevas amigas, cómo estaba aprendiendo nuevas cosas por medio de las ONG's y lo importante que sería que gente joven se uniera para proponer nuevas ideas. Aunque esto no le llamaba mucho la atención a Carla, mientras lavaban los platos su abuela insistía en que la acompañara a las reuniones y a las capacitaciones.

-Vamos hija acompáñeme, ahí pasa la mañana dormida, mejor venga conmigo mañana temprano vamos a tener una reunión con Naturalia, dicen que es para planificar el trabajo de prevención de inundaciones y deslaves, dicen que hay que apurarse que con estas lluvias nunca se sabe. Mire, esas reuniones son bonitas, sobre todo, las capacitaciones pues dan comida rica y dinero para los pasajes - agregó entusiasmada la anciana.

Carla replicó - Mañana tengo clases en la Universidad por la tarde, de 3 a 5 abue. Pero para que vea, voy a ir, ¡Haré un esfuerzo! pero si me aburro ya no vuelvo a ir - sentenció la joven.

El sábado por la mañana amanece nublado. Durante la reunión Carla observó que habían asistido varias personas, pero la mayoría eran señoras de la edad de su abuela. Llegaron dos promotores, una mujer y un hombre, ambos tenían puesta una camisa con el logo de Naturalia, la promotora explicó que el hombre que la acompañaba sería el nuevo promotor que atendería a La Pedrera.

El promotor, a pesar de ser un hombre joven, le pareció un poco arrogante - Que creído se ve, como que se cree más que todas las demás personas que estamos acá - pensaba mientras lo escuchaba y sentía que él hablaba como si estuviera frente a un grupo de niños. Volteó a ver a su abuela quien estaba seria escuchando al joven. Finalmente la reunión sólo fue para presentar a este nuevo promotor y quedar de acuerdo el próximo sábado para planificar el trabajo para la prevención de deslaves e inundaciones.

Al finalizar la reunión acompañó a su abuela a platicar un grupo de señoras y señores que pertenecen a la Directiva Comunal y a un Comité Vecinal que según le contó su abuela estaba para prevenir desastres en época de lluvia, pero que aun no estaba legalizado.

---

<sup>47</sup> Ebrios o borrachos.

<sup>48</sup> Expresión que denota admiración, sorpresa o igualmente puede significar inconformidad o protesta.



-Ese *bicho*<sup>49</sup> no sabe nada de cómo vivimos acá y viene a querer proponer cosas - expresó con desagrado una señora con delantal rosado.

-Es que ese es su trabajo, es mejor aprovechar que por lo menos alguien está pendiente de nosotros - respondió un señor con espeso bigote.

-Pero tampoco se puede venir a decir a todo que sí, porque al final nos puede salir el tiro por la culata - comentó su abuela.

-Dolores que es la presidenta de la directiva y Esther que es la presidenta del comité, ambas tienen que negociar los proyectos y las otras cosas que se van a hacer acá, pero la niña Dolores no quiere ir a los talleres de la ONG sino que sólo a los de la Alcaldía porque es del partido Frente Socialista Nacional, o sea el FSN, no ven que ni siquiera estuvo en esta reunión, eso nos termina perjudicando a todos - dijo de manera molesta el mismo señor.

-Es que ella dice que no le hacen caso porque ya saben que le va a otro partido - enunció una señora de cabello blanco.

-Ya deberíamos elegir otra junta directiva y que la persona que quede en la presidencia no sea izquierdosa - propuso el señor del bigote.

Nadie dijo nada después de este comentario, se despidieron y se fueron cada quien para sus casas. En el camino Carla no aguantó la curiosidad y le preguntó a su abuela quién era el señor que había propuesto elegir nueva junta directiva - Es un señor que vive en el pasaje Belén, el que tiene la casa que es bien grande, a él no le cae bien la presidenta porque él es del partido Alianza Nacionalista Salvadoreña, el ANS, y siempre que puede anda metiéndole cizaña a la gente - contestó su abuela y agregó - Usted no se tiene que dejar lavar la cabeza con lo que él diga, la presidenta es una buena señora que se esfuerza mucho para conseguir proyectos para la colonia, ese señor es así porque no va a la iglesia y no le han enseñado a amar a su prójimo - repuso con seriedad. Cuando llegaron a la casa ya casi era hora de almuerzo. Apurada Carla comió y se marchó a la Universidad.

El siguiente sábado, amaneció lloviendo, hacía más frío de lo normal y eso provocó que Carla le costara más levantarse e ir a bañarse para ir a reunirse con unos compañeros de clases para hacer una tarea. Era su primer año estudiando administración de empresas en la Universidad Nacional, a la cual se había costado entrar porque la primera vez no consiguió suficiente nota para ser aceptada, pero el año pasado logró pasar el examen de ingreso en la segunda vuelta.

Regresando de la universidad, venía molesta, a pesar de que llevaba paraguas se había mojado la ropa y temía que sus cuadernos tuvieran la misma suerte. Caminando hacia su casa logró escuchar el río, se asomó a verlo y notó que este había crecido y corría con fuerza arrastrando ramas y rocas pequeñas, aun no desbordaba pero sólo le faltaba un metro para rebasar el muro de contención. Había estado lloviendo de vez en cuando, pero en los últimos días la lluvia había sido más constante.

Al llegar a su casa, encontró a su madre frente a la tele con cara de preocupación.

-¿Qué le pasa? ¿Por qué tiene esa cara? - preguntó mientras encendía la estufa con un fósforo, tenía hambre y calentaría la sopa de res que caía muy bien con esos fríos.

-Es que están diciendo en las noticias que entrará una depresión tropical y que va a llover por lo menos una semana y ya en algunos lugares de ha decretado alerta roja- contestó su madre sin dejar de ver la televisión.

-¡Ay no! - exclamó Carla con tono alto - Ya nos va a caer un poco de tierra o allá abajo vamos a terminar cuando se caiga el patio.

-¡Niña no diga eso! - dijo su mamá exaltada - Ya vas a ver que primero Dios no nos va a pasar nada.

En ese instante su papá entraba a la casa luego de un día pesado reparando la maquinaria de la fábrica donde trabaja desde hace 20 años.

-¿Qué les pasa a ustedes dos? Desde afuera pude oír sus gritos - preguntó su padre en tono de broma mientras se acercaba a saludar a su esposa.

---

<sup>49</sup> Joven, muchacho o niño.

-¿Ya viste las noticias? - respondió Carla.

-¿De qué va a llover sin parar toda esta semana? Si - dijo con tranquilidad mientras tomaba asiento en aquel sillón donde sólo él se sentaba.

-Si, por eso anda tu hija diciendo que nos vamos a morir soterrados - reprochó su mamá.

-No ande diciendo esas cosas hija, Dios nos cuida y si nos pasa algo es que él así lo tiene planeado y es su voluntad - expresó su padre mientras sacaba de su bolsón una película pirata que pondría en el DVD mientras esperaba la cena.

-Es que esta niña tiene poca fe - intervino su abuela - Bien me puede acompañar ahora más noche a la casa de oración de la colonia, así aprende más sobre Dios y no le cae mal una rezadita- dijo mirándola.

-Mire, mejor cuénteme ¿Cómo estuvo la dichosa reunión con el promotor de Naturalia? - preguntó Carla para cambiar el tema.

-Pues comenzó algo tarde, ya sabe como es la gente de impuntual - enunció, olvidando que ella había llegado 15 minutos tarde - Cuando todos llegaron nos pusimos a hablar sobre las cosas que tenemos que hacer para que no hayan deslaves e inundaciones por estas lluvias que cada vez están más fuertes.

-Si en verdad hay que hacer algo porque...- dijo Carla.

-Pero *viera*<sup>50</sup> que feo lo que pasó mientras estábamos en la reunión - intervino la abuela interrumpiendo a la joven - Llegó un carro negro y se quedó estacionado un rato, hasta que la niña Esther se levantó y se asomó a la puerta se fueron.

-¿Y esos del carro quiénes eran? - preguntó su mamá en tono preocupado.

-A saber, yo nunca los he visto, pero niña Esther me dijo que son unos hombres que viven al final de la calle principal, allá donde están el montón de casas apiñadas - respondió la anciana.

-Tenga cuidado abue, usted no sabe de lo que son capaces esos hombres - aconsejó Carla.

-No se preocupe hija, yo siempre tengo cuidado; además creo que se detuvieron por el promotor de la ONG porque es nuevo y no lo habían visto antes - dijo su abuela mientras se retiraba a su cuarto.

Tres días habían pasado desde que anunciaron la depresión tropical, las noticias decían que había alerta nacional porque la lluvia era más fuerte que cuando estuvo el huracán Mitch en 1998, las clases de la universidad, colegios y escuelas se habían suspendido, miles de personas que viven en zonas de alto riesgo habían sido evacuadas, varios derrumbes habían obstaculizado calles y aislado comunidades, también pedían donaciones de alimentos y ropa para las personas que estaban en los refugios.

Las personas pertenecientes a la directiva y su abuela comenzaron a alertar a las familias que viven a orillas del río para que evacuaran y se refugiaran temporalmente en la casa de oración, pero, según lo que le contó su abuela, nadie quiso salir de sus casas a pesar que ya habían dicho en las noticias que la lluvia se prolongaría cinco días más y que luego entraría un frente frío.

Carla salió a la tienda para comprar velas porque su madre, quien había pedido permiso en el trabajo para estar en su hogar en caso de emergencia, temía que se fuera la luz por la noche; cuando estaba esperando que le dieran su pedido vio venir caminando a un hombre, aproximadamente de 30 años, estaba cubierto por una capa impermeable amarilla que tenía estampada el logo de una organización, el hombre se detuvo y comenzó a hablar con el señor de la tienda.

-Buenas tardes don Tito - saludó cortésmente - ¿Sabe si las personas de la zona verde ya evacuaron? - preguntó.

-No, parece que no quieren evacuar, ahora en la mañana fueron los de la Directiva pero les dijeron que no iban a salir de sus casas - respondió tranquilamente.

-Bueno, voy a ir a hablar con la presidenta para ver qué podemos hacer porque es peligroso que sigan ahí, además ya avisaron que viene la repunta - exclamó preocupado.

---

<sup>50</sup> Notara, distinguiera, percibiera.

-Carla observaba curiosa al joven que mostraba preocupación por la gente de la colonia, parecía más amable y simpático que el primer día que se presentó.

-Ella es la nieta de doña Cecilia, la señora que se acaba de mudar hace unos meses - dijo don Tito.

-Mucho gusto, yo soy Adrian y soy promotor de Naturalia - saludó estrechando su mano y regalándole una amplia sonrisa.

-Un gusto, yo soy Carla - contestó mientras lo observaba de arriba abajo y pensaba que no estaba tan feo.

Ambos comenzaron a caminar hacia abajo y el promotor le preguntó a Carla si podía hablar con su abuela. Al llegar a la casa la anciana saludo amigablemente al joven promotor y le explicó la situación de las personas que viven a la orilla del río. Luego de la conversación se despidió y se fue rumbo a la casa de la presidenta de la Directiva.

-¿No es tan antipático vea? - comentó Carla.

-¡Mmm!, replicó la abuela. El muchacho es bien responsable. Él le habló a la presidenta de la Directiva para decirle que teníamos que evacuar a las personas que estaban en la zona verde, o sea a la orilla del río, y llevarlas a la casa de oración, porque después él conseguiría comida, colchonetas y ropa para atenderlas, pero la gente es necia no se quiere salir de sus casas aunque eso les cueste la vida - dijo en tono molesto.

-¿Y nosotros tendríamos que evacuar? - preguntó preocupada la joven.

-No sé, pero está peligroso que nos quedemos aquí con ese paredón de tierra enfrente, es de hablar con tu papá cuando regrese de trabajar, lo más seguro es que nos mande a tu mamá, a vos y a mí al refugio - concluyó su abuela.

Al parecer con la ayuda del promotor de Naturalia y un diputado del FSN pudieron evacuar a algunas familias. Su abuela se fue para el refugio para ver cómo podía ayudar a acomodar a la gente, mientras ella y su mamá preparaban café y *atol*<sup>51</sup> para llevarles a esas familias. Luego de ayudar a su mamá a repartir lo que habían llevado, Carla se acercó a platicar con unas muchachas con quienes se llevaba bien.

-¿Vos no vas a evacuar? - le preguntó Sofía.

-No sé todavía, ahora en la cena mi papá nos va decir si nos quedamos o nos vamos - respondió Carla mientras ayudaba a Soraya a ponerle un suéter a su hijo.

-Yo tuve que venirme para acá con mi mamá y mi hijo, porque mi papá se quedó cuidando la casa; si vieras que el año pasado, cuando hubo una tormenta bien fuerte, todos nos fuimos donde mi abuela y cuando regresamos nos habían robado la tele, el DVD, la radio y hasta la cocina - comentó Soraya mientras le daba pecho a su bebé.

-Si también a nosotros nos robaron una vez cuando tuvimos que evacuar creo que para la tormenta *Agatha*<sup>52</sup>, cuando regresamos le habían robado la maquinaria a mi papá y como sabes él es carpintero y trabaja en la casa, al pobre le tocó volver a comprar todo para poder seguir trabajando - expresó Carolina al mismo tiempo que le preparaba a sus hermanitos y abuelo algo de comer en una pequeña cocina de dos estufas que había traído de su casa.

Luego de esta corta plática, Carla se fue a buscar a su abuela dentro de la vivienda que estaba al lado de la casa de oración y la encontró con dos señoras de la directiva, ellas estaban en el comedor separando la ropa que había logrado llevar el promotor de Naturalia.

-*Va*<sup>53</sup>, tenemos que ponerle a los paquetes que vamos a repartir dos cobijas, dos camisas, un pantalón, una falda y dos blusas, si esa gente tiene hijos se les pone ropita para niños - decía la dueña de la casa, quien además era la secretaria de la Directiva.

-Vamos armando los paquetes por cada familia que está aquí en el refugio - propuso su abuela.

---

<sup>51</sup> Cocción dulce de maíz o elote en agua, en proporciones tales que al final de la cocción tiene una moderada viscosidad y que se sirve caliente. (<http://es.wikipedia.org/wiki/Atol>).

<sup>52</sup> Tormenta Tropical Agatha que azotó al país a finales de mayo y principios de junio en el año 2010.

<sup>53</sup> Abreviación de la palabra “vaya”.

-Pero no sólo le vamos a dar a la gente que está acá, también hay familias que están necesitadas pero que no pueden evacuar para no dejar solas sus casas y les roben lo poquito que tienen - repuso la misma señora.

-Entonces primero hagamos los paquetes para los que están acá y después hacemos para los demás que están en sus casas, pero usted *niña*<sup>54</sup> Dora nos tiene que ir diciendo qué familia necesita más ayuda - dijo una señora bajita, quien, según le había contado su abuela, era la presidenta de la Directiva y se llamaba Geraldina, pero de cariño le decían “niña Geral”.

Carla se unió a las señoras y comenzó a clasificar la ropa para que ellas fueran armando cada paquete. Una vez terminada esta labor, acompañó, sombriamente en mano, a su abuela y a la niña Geral a dejar la ropa donada a las familias que la niña Dora les había dicho. Cuando iban recorriendo la zona verde, pudo observar que en varias casas las personas estaban pendientes de las noticias que transmitían por la televisión, justamente en ese momento el presidente estaba dando un discurso para que la población atendiera la alerta y evacuara de sus hogares para evitar pérdidas humanas.

Al llegar a casa de don Álvaro, el vicepresidente de la directiva que vivía a dos metros del río en una casa hecha de madera, las señoras trataron de convencerlo de que se fuera para el refugio, pero él no accedía a hacerlo inmediatamente.

-Cuando vea que el agua pasa esa piedra de allá - mencionó señalando una roca ubicada a la orilla del río, la cual estaba comenzando a ser azotada por la corriente - Entonces mando a mi esposa y a mi hija al refugio, pero ahorita no hay problema porque no ha crecido tanto el río.

En ese momento sale de la cocina doña Fernanda, esposa de don Álvaro, y les dice: -No se preocupen por nosotros, porque cuando vemos que sube mucho el agua agarramos nuestras cosas y nos vamos - dice apoyando a su marido.

-Además sólo desmonto la casa y agarramos camino - agregó don Armando con una sonrisa en sus labios mientras seguía reparando una licuadora.

-Nosotros aquí estamos bien, pero hay personas que están peor y en ellas debemos poner atención, porque, como dice la biblia: Siempre hay que ayudar al necesitado. Hablando de necesitados, me pueden esperar un ratito que voy a subir con ustedes, estoy haciendo una verdura sancochada para la gente que está refugiada - expresa mientras se va a paso rápido a la cocina y regresa con una olla grande.

Debajo de la lluvia, que parecía que nunca iba a dejar de caer, regresaron a la casa de oración. Al llegar vieron que habían llegado más personas, la mayoría mujeres y niños, el problema es que era un espacio muy pequeño y casi no cabían. La noche se acercaba y con ello el dilema de la falta de espacio, de colchonetas y de alimentos; sin embargo a las ocho de la noche apareció el promotor de Naturalia con bolsas de comida, parte de la cual sirvió para que las mujeres refugiadas hicieran cena para sus familias en la pequeña cocina de dos estufas y en la cocina de doña Dora cuando ella terminó de preparar la comida para ella y su esposo. Carla y su madre regresaron a su casa para preparar la cena, ya que su padre estaría hambriento a esa hora, mientras su abuela se quedó para ayudar a las mujeres a preparar los alimentos.

Una vez terminada la cena regresó a buscar a su abuela, al llegar observó como todos comenzaban a buscar dónde acostarse a dormir, de las treinta personas refugiadas solamente veinte cabían en la casa de oración, por lo cual doña Dora se vio en la “obligación cristiana” - como ella decía - De abrir las puertas de su casa para que las otras diez personas se acomodaran en el suelo de la sala, cocina y comedor, también le prestó una colchoneta y un colchón a las mujeres que tenían bebés para que los acostaran ahí. Una vez acomodada la gente, Carla y su abuela regresaron a la casa.

-¿Entonces que pensás hacer Ismael? - le preguntó su abuela a su padre mientras trapeaba el suelo manchado por el lodo de los zapatos de él.

-¿Sobre qué? - inquirió este mientras veía una serie policial en el televisor.

---

<sup>54</sup> En El Salvador se utiliza este término en señal de respeto a una mujer adulta, es sinónimo de “doña”.

-Sobre si nos vamos a ir o nos vamos a quedar acá - contestó la anciana.

-No veo necesario que nos vayamos, el paredón de tierra es bajo y aunque se caiga no llega hasta la casa - respondió de manera despreocupada - Además dicen que los bolitos y los bichos malillas aprovechan para meterse a las casas y robar lo que puedan para ir a comprar *guaro*<sup>55</sup> o a saber qué cosas - agregó.

-Si tenés razón, mejor nos quedamos acá - comentó su madre que estaba guardando la comida sobrante en el refrigerador.

Durante la madrugada se escuchó un extraño ruido y posteriormente el estruendo de las ramas de un árbol golpeando fuertemente el pavimento. Don Ismael se despertó sobresaltado asustando aun más a su esposa, doña Constanza, quien también había escuchado el ruido, ambos salieron a la sala al mismo tiempo que Carla y su abuela salían de la otra habitación.

-¿Qué fue ese ruido? - preguntó asustada Carla.

-No sé, voy a salir a ver, quédense aquí - respondió preocupado don Ismael.

Rápidamente entró en su cuarto y regresó con zapatos y una chumpa impermeable. Salió al pasaje y no vio nada inusual, entonces caminó hacia la calle principal de la colonia y vio que en esta había un derrumbe que había arrastrado una alta mata de plátano que ahora reposaba sobre el pavimento obstaculizando completamente el paso. Miró hacia ambos lados y se dio cuenta que nadie más había salido, pero muchos veían desde la ventana lo que había ocurrido.

-No creo que entre los tres podamos mover esa mata - escuchó una voz ronca detrás de él y observó que bajo de un foco del poste estaba don Daniel, esposo de doña Dora, y don Antonio.

-Necesitamos por lo menos otros dos hombres más - dijo don Ismael - ¿No se despertó la gente que está refugiada? - preguntó preocupado.

-Como no, si gran griterío de mujeres se hizo allá adentro - contestó entre risas - Mañana es sábado así que van a haber más hombres por acá, ahí entre cinco o seis movemos esa planta en la mañana. - agregó.

-Sí, porque ahorita sólo nosotros hemos salido, los demás como que son de azúcar - comentó en tono de broma.

Don Ismael regresó a su casa y les contó a las mujeres de su casa lo ocurrido, pero les dijo que no era tan grave para no preocuparlas.

Por la mañana llovía aun más fuerte, Carla se levantó temprano para hacerle desayuno a su papá quien iba a ir a ayudar a mover la mata de plátano y remover la tierra. Cuando su abuela se fue al refugio para llevar café caliente a las personas que estaban en él, ella y su mamá hacían la limpieza en la casa.

Durante la tarde ella acompañó a su abuela al refugio y ayudaba a las señoras de la directiva a repartir los víveres que habían llegado la noche anterior. Mientras estaban en esa labor llegó el promotor de la Unidad de Salud que estaba a pocos kilómetros de la colonia, él era un hombre joven, no pasaba de los 25 años, llegó a ver cómo estaban las personas y en qué condiciones se encontraban, se quedó largo tiempo conversando con las mujeres y se retiró a las 5 de la tarde.

Dos días después, Carla se dirigía con su abuela al refugio para dejar una olla de atol y se dieron cuenta que había otro derrumbe, pero este estaba más cerca de la casa de oración. Al llegar vieron que en casa de doña Dora estaba el promotor de Naturalia hablando con el promotor de la Unidad de Salud y las señoras de la Directiva. Su abuela, ni lenta ni perezosa, se unió a la conversación para saber que sucedía.

-Es que tenemos que llevarlos a un lugar más amplio y seguro - decía el promotor de la Unidad de Salud.

-Pero no podemos evacuar a esta gente sin la aprobación de Protección Civil - comentaba Adrian el promotor de la ONG.

---

<sup>55</sup> Licor.

-Pero aquí hay mucha gente, en mi casa han dormido hasta 10 personas más porque ya no caben allá - explicó doña Dora con voz agobiada.

-¿No han hablado con la promotora de la Alcaldía? Ella podría facilitar el permiso de Protección Civil - preguntó Adrian.

-Ya le estuvimos hablando y sólo hasta hace dos días vinieron a media noche a dejarnos colchonetas y comida, pero hasta ahorita no han regresado - dijo doña Dora con enfado.

-Lo peor es que varia de la comida que trajeron estaba ya arruinada, viera las lechugas podridas que sacamos - comentó con desagrado su abuela.

-Bueno, yo voy a tratar de contactarlo para que venga lo más pronto posible - afirmó el joven promotor de la Unidad de Salud.

-Si por favor, es que ya es mucha gente la que está acá - pidió doña Dora con cara de angustia.

Ambos promotores regresaron al refugio y las señoras siguieron conversando.

-Que montón de gente tienen en el refugio, lo peor es que algunas ni siquiera tienen la necesidad de estar ahí - dijo doña Fernanda - Sólo vienen a ver que sacan de los donativos, porque sus casas ni en peligro están - agregó.

-Pero ni modo, ya sabemos quiénes son y así son ellos de aprovechados, tampoco se los puede sacar, pero hay que ponerle más atención a la gente que si está acá por necesidad - propuso la presidenta de la Directiva.

-Pero vas a creer que hasta las colchonetas se han llevado a sus casas - le dijo doña Fernanda a su abuela - Si cuando nos las vinieron a dejar dijeron que eran prestadas.

-Es que esa gente sólo busca como ganar, pero pobrecitas porque Dios las va a castigar - expuso niña Geral.

-Yo no quiero sonar mala persona, pero es que yo ya no aguanto a tanta gente en mi casa, yo pensaba que sólo iba a ser un par de días y después se los llevarían a un refugio más grande, porque siempre dijimos que este de acá sería un refugio temporal - expresó niña Dora.

-Tenga paciencia hermana, su sacrificio será recompensado, ya va ver - dijo su abuela para consolarla.

-Si yo sé que tengo que ser buena cristiana, por eso me aguanto a toda esta gente que a mis espaldas anda hablando mal porque le voy al FSN... todos somos hijos de Dios y tenemos que ayudarnos unos a los otros- concluyó niña Dora con más ánimos.

En la tarde llegó el promotor de la alcaldía, lograron acordar que lo mejor era evacuar a las personas a un sitio más amplio y seguro, ya que el refugio se encontraba vulnerable ante los derrumbes y no contaba con las instalaciones para albergar más de 20 personas, además que ya habían anunciado en las noticias que seguiría lloviendo y que entraría un frente frío.

Más tarde los tres promotores reunieron a todas las personas en el refugio y les dijeron que iban a ser trasladados a la Escuela Santa Lucía porque ahí había suficiente espacio para todos, alimentos, colchonetas, frazadas y atención médica. Las personas comenzaron a alistar sus maletas, las mujeres iban a sus casas a traer ropa y a avisarles o pedirle permiso a sus esposos para ir al otro refugio.

Al llegar el transporte que los trasladaría, Carla observó cómo todas las personas salieron de manera ordenada, como si de una procesión se tratara, a agradecerle a la niña Dora su hospitalidad - Muchas gracias por todo, Dios se lo pague - decían y seguían con su camino - De nada, es lo menos que podía hacer, Dios los bendiga - respondía la señora con una ligera sonrisa.

Cuando el camión que llevaba a las 30 personas subió por la calle principal y se alejó de la vista, doña Dora dio un largo suspiro y dijo: Ya todo terminó, Dios los proteja y nos proteja a nosotros - dio la media vuelta y al entrar a su casa volteó a verlas y preguntó con mucha tranquilidad ¿Quieren un cafecito?

## Mirada de un forastero

Jordan Palma

Durante el trayecto en la buseta camino a La Pedrera, Adrián intrigado por el retiro de Miriam de la colonia le dice:

-Mirá, ayer me dio pena preguntar en la reunión de planificación, pero ¿por qué te vas de la colonia? Dice metiendo su paraguas portátil a la mochila.

- ¡Mmm...! contesta Miriam. ¡Cosas que pasan, que me tienen algo incómoda! Suspira la mujer.

-¿Cómo qué? Insiste Adrián.

-¡Mmm..! ¡No sé! es que tampoco quiero que te predispongas.

-¡Uyy! dice Adrián más intrigado.

-Mirá, quizás por ser mujer me afecta. Por ejemplo, a veces a pesar que me acompañan Niña Esther o don Antonio, que hoy los conocerás, algunos jóvenes de la colonia me dicen cosas. Miriam se sonroja y continúa: me silban y me dicen... ¡Ay no!, ¡vieras que incómodo! ¡Me da miedo! Pienso que con vos será distinto ¿entendés?

-¡Ya! Dice Adrián pensativo.

-Fijáte que ya los últimos meses, hasta buscaba excusas para no ir. ¡Solo tres meses aguanté!

Mientras se aproximaban, la mujer toma su teléfono celular y marca a Esther para avisar que llegaran pronto. La lidereza de la comunidad y presidenta de la Directiva Comunal les dice que ya los está esperando en la entrada de la colonia.

Minutos después, tras una pronunciada curva, los jóvenes se levantan, el motorista hace la parada, Miriam y Adrián descienden. El sol es tibio, las nubes negras han vuelto. Al otro lado de la carretera se encuentra una mujer de pelo cano, delgada y sonriente.

-¡Hola *usté*<sup>56</sup>!, ¡Que milagro que viene!, le dice Esther a Miriam y observa a Adrián.

-Je,je,je ríe Miriam, ¿Cómo está?

-¡Aquí *usté*! ¡Como siempre! ¡Buenas! dice Esther y le extiende la mano a Adrián.

-¡Buenas tardes!, responde Adrián

-Él se llama Adrián y será el nuevo promotor de Naturalia. Adrián ella es niña Esther, la presidenta de la Directiva Comunal. Niña Esther ¿Será que nos podemos sentar a platicar un ratito?

-Vaya, ¡*Ta*<sup>57</sup> bueno! ¿Quieren un cafecito? ¡Vámonos a la casa de oración, en cualquier momento se suelta la lluvia! responde la anciana.

-¡Muchas gracias! responden al unísono la pareja de promotores.

Inician el descenso de una enorme cuesta. A lo lejos se escucha la campana del sorbetero<sup>58</sup>. Tras diez minutos de caminata llegan a una pequeña tienda. Dos jóvenes en short los observan. Adrián mira de reojo a Miriam quien baja la vista. Al pasar junto a ellos, Adrián saluda: “¡Buenas tardes! ¡Buenas! Le contestan secamente.

La casa de oración resultó ser un salón no muy grande, tal vez de unos ocho metros de largo por cinco de ancho. En el piso se observan los rayos del tenue sol que se filtran por los agujeros de la deteriorada lámina.

Mientras Esther pone a hervir el agua en un pocillo, manda a su nieto a comprar café instantáneo y unas piezas de pan dulce a la tienda de don Tito. Miriam la observa y se acerca para decirle:

---

<sup>56</sup> Usted.

<sup>57</sup> Está

<sup>58</sup> Persona que vende sorbete, helado de diferentes sabores.

-Fíjese niña Esther que yo ya no podre seguir dándole seguimiento a la colonia. Sigo en Naturalia, pero Adrián será el promotor con quienes ustedes se entenderán de ahora en adelante.

-¡Ahhh, vaya! Interrumpe Esther. Entonces ¿Con usted va ser la cosa? Le dice a Adrián, mientras le ofrece una silla blanca de plástico.

-¡Gracias! ¡Si!, responde Adrián, sentándose. Yo le daré seguimiento al trabajo que Miriam ha venido coordinando con ustedes.

-¡Mmm...! Interrumpe Esther, ¡Perdón! Yo solo quería saber si ustedes ya han hablado de cómo son las cosas aquí, porque usted ya sabe niña Miriam, comenta Esther bajando la voz.

-¡Si! Dijo Miriam, viendo a los ojos a Adrián, de hecho...

-¡Y acuérdesse! Interrumpe de nuevo Esther, que cada vez que vaya a venir tiene que llamar antes para que alguien lo vaya a esperar a la parada y lo acompañe cuando ande trabajando en la colonia. Dice muy seria la mujer.

-Mire, esto no es tanto por la gente de aquí. Mas que todo es por la gente mala que viene de otros lados a molestar aquí y ¡jumm! ¡Estos tampoco que se dejan! Entonces mire, ¡hay que tener cuidado! Por mí no hay problema que venga otro promotor, pero tengan en cuenta que la gente no tan fácil se acostumbra a los nuevos. ¡Hay que tener paciencia! Porque fíjese que, a veces, ese tipo de cosas hace que la gente se desanime ¡Pues si! no van a las capacitaciones porque se desaniman que cada rato salen y entran promotores. ¡Y es que a veces uno no sabe ni de dónde son! ¡Y como hoy en día no se puede confiar en cualquiera, *usté!* Pero siéntense niña Miriam, tómense su café.

-Sí, de eso venía platicándole a Adrián, agregó Miriam pausadamente y tomando asiento. Y no se preocupen que aquí ustedes son los que saben como están las cosas y no dude que el compañero seguirá sus indicaciones.

-Si, bueno, yo solo les hago el comentario para que lo tomen en cuenta. Y entonces ¿Cómo quedamos? pregunta Esther subiendo de nuevo la voz.

-Bueno, me gustaría presentarme a las demás autoridades. Miriam me ha comentado que tienen un comité vecinal que trabaja el tema de gestión de riesgo en varias colonias del Distrito V... un gran trueno interrumpe a Adrián.

-¡Uyy, ya se va venir el agua otra vez! comenta Esther asomándose a la puerta y echando un vistazo al cielo. Si, joven, se llama Directiva Comunal .....

-Pues me gustaría conocerlos y por supuesto que me conozcan, para luego comenzar a coordinar actividades, ¿Cómo vé niña Esther se podrá?

-¡Claro joven!, responde la mujer. Deme chance *pá*<sup>59</sup> convocar.

- ¡Vaya!, responde Adrián mirando a Miriam.

- ¿Cuándo cree que se podría? Dice Miriam.

-En unos dos o tres días, ¿Les parece bien para el sábado en la mañana? ¿A las 8:00?

-Perfecto, comenta satisfecho Adrián. ¿Nos vamos Miriam? Está por empezar a llover.

-Si, si. Pues muchas gracias niña Esther, dándole la taza de plástico.

-Los acompañó a la parada de buses, les dice la mujer buscando su sombrilla en una esquina.

Al abordar la buseta, Miriam bajando la voz le pregunta a Adrián

-¿Viste a los *cipotes*<sup>60</sup> que estaban en la tienda? Esos son algunos de los que te hablaba... ¡*Púchica*<sup>61</sup>! si están bien *bichos*<sup>62</sup>, pero su mirada me intimida, comenta Miriam a la vez que observa por la ventana como comienza a arreciar la lluvia.

-Pues sí, pero lo que se tiene que hacer es ser cuidadosos y no meterse en problemas con nadie. Nada cuesta saludarlos e intentar mostrarse sin miedo, porque si uno no lo hace, lo

---

<sup>59</sup> Para.

<sup>60</sup> Jóvenes o niños.

<sup>61</sup> Término que expresa admiración.

<sup>62</sup> Término que se refiere a edad temprana.



tachan de creído, que a saber que se cree uno y puede llegar a caer mal. Y lo que andamos haciendo es en bien de la colonia, pues. Responde Adrián.

La mañana del sábado es gris. Esther es la primera en llegar a la casa de oración. Recoge los *cumbos*<sup>63</sup> de leche que sirven para contener el agua de las goteras. Poco a poco van llegando las personas.

- Bueno, como ustedes saben la promotora Miriam ya no va a estar con nosotros y en su lugar viene el joven Adrián. Él va a ser la persona que va a continuar el trabajo con Naturalia, dice Esther quien preside la reunión.

- ¡Buenos días! Sonríe el joven. Mi nombre es Adrián Anaya, soy el nuevo promotor de Naturalia en La Pedrera. Espero poder trabajar con ustedes de la misma forma que lo hicieron con mi colega. Estoy a la orden para lo que necesiten. Me gustaría que nos presentáramos cada uno para irnos conociendo, continuó Adrián.

- ¡Buenos días! Me llamo Cecilia y es un gusto tenerlo aquí. Yo soy nueva en la colonia, pero me gusta colaborar aunque sea un poquito, inició una anciana muy segura de sí misma.

- ¡Buenos días! Mi nombre es Guadalupe y aquí todos me conocen por Lupita. ¡Y que bueno tenerlo aquí para que apoye a la colonia!

-Muy bien, comenta Adrián asintiendo con su rostro.

-Bueno, tengan buenos días, mi nombre es Antonio Pérez Molina, secretario del Comité de Vigilancia Ambiental y es un gusto tenerlo con nosotros, siéntase en su casa y sea bienvenido.

- ¡Buen día! yo me llamo Rosa, poniéndose de pie, también como dijo Antonio, sea bienvenido y ojalá podamos trabajar para la colonia, ya que la verdad, para serle honesta, aquí no duran los promotores. Ojalá no sea su caso. Cuenta con nosotros para lo que necesite.

- ¡Muchas gracias!, respondió Adrián. No se preocupe, estoy aquí para trabajar con ustedes. Comprendo que no es fácil confiar en gente que no conocemos, por eso le pedí a la niña Esther esta reunión, para presentarme y que me fueran conociendo. Dijo Adrián y dirigió su mirada a quienes aún no se habían presentado.

-¡Buenos días! Me llamo Antonio Membreño y también soy parte de la Directiva Comunal, sentándose de inmediato.

- ¡Tengan buenos días!, ¡Bienvenido joven!, mi nombre es Sandra.

- Bueno, como *usté*<sup>64</sup> sabe, yo soy la presidenta de la Directiva Comunal dijo Esther con su imborrable sonrisa y aquí estamos, pues. Solo avisar que Dolores me dijo que tenía que ir a hacer unos mandados a Apopa....

- ¡Ay niña Esther! Si Ud. ya sabe que la Dolores solo es excusas, y es la tesorera de la directiva, pero mire, usted le avisó. Señala Sandra, allá ella si no vino.

- Es que aquí joven, usted ya va irse dando cuenta quien trabaja y quien no, le dice Antonio subiéndole la voz.

- Bueno, dice Adrián, pues trabajemos con los que deseen hacerlo, ataja Adrián. ¿Será posible que el otro sábado pudiésemos reunirnos para hacer una agenda de trabajo?

- ¿Y ustedes qué dicen? pregunta Esther. Por mi no hay problema, pero a ver qué dicen los demás.

- Yo creo que si, dijo Antonio mirando a los demás y haciendo eco a los murmullos de aprobación. Es importante continuar trabajando, sobre todo porque ya empezó el invierno. Hasta mucho se ha tardado ya...si la cosa es que entre semana casi nadie puede, por eso esta bien el otro sábado.

- Bueno, entonces si están de acuerdo, nos vemos el sábado a las 10 de la mañana, cierra Esther.

- ¡Perfecto! Contesta Adrián y empieza a despedirse de mano de cada uno de los presentes.

---

<sup>63</sup> Recipientes de metal.

<sup>64</sup> Usted

Sale de la casa de oración, echa una mirada a su alrededor, con la particular intención de ubicar a los famosos muchachos de los que Miriam le habló. A unos metros de llegar a la tienda de don Tito, se percata que al lado hay un cibercafé; afuera está un grupo de jóvenes, quiénes al pasar Adrián callan y le siguen con la mirada hasta que se pierde cuesta arriba.

Mientras camina a la parada piensa en que de las siete personas asistentes, a excepción de Antonio y Sandra, los demás son ancianos y ancianas, muy dinámicos, eso sí. Tomar la buseta y bajar en pleno Centro Histórico le lleva 15 minutos. Adrián siente sed y compra agua de coco con mucho hielo. Compra algunas frutas, pan francés y pupusas para la familia.

Adrián es un joven de 30 años, es el único varón y el menor de tres hermanos. Reside en San Marcos, municipio capitalino donde en algunas colonias se reporta, al menos, un homicidio diario. Vive con su hija, padres y su abuela. Su familia lo considera trabajador, confiado y, desde que se separó de la madre de Itzel, un poco más serio.

-¡Hola hija! ¿Qué tal su día? Saluda Adrián a Itzel dándole un beso en la mejilla, ¿Ya cenó?  
-No, estoy esperando las *pupusas*.<sup>65</sup> Mamá Lilian dijo que me traerías ¿Puedo comerme una?

-Si hija, traje para toda la familia, responde su padre.

Esa noche iluminada por innumerables truenos, Itzel quiere que su padre la duerma. Aunque cansado, Adrián la *chinea*<sup>66</sup>, le quita sus zapatitos rojos y la lleva a su cama.

-¿Papi?

-¿Ajá? responde Adrián.

-¿Y tú ayudas a la gente cuando llueve?

-Sí, en lo que puedo.

-No me gusta que llueva papá. ¿Y si no lloviera y siempre se viera la luna...?

-No es malo que llueva hija. El problema es que cuando llueve fuerte los ríos en los que las empresas constructoras han botado ripio y piedras, se rebalsan y la correntada se lleva a las personas y a las casas. También sufren las personas que viven en lugares que están muy cerca de enormes paredones que se pueden caer cuando el agua de lluvia afloja la tierra. Adrián observa que Itzel cierra sus ojos. Le da un beso, apaga la luz y cierra la puerta  
¡Comienza de nuevo el temporal!

Han pasado ocho días y las lluvias intermitentes obligan a Adrián a preparar sus botas, *chumpa*<sup>67</sup> y paraguas. En una bolsa de plástico pone papelógrafos, plumones, hojas de papel bond, *tirro*<sup>68</sup>, intentando protegerlos de la lluvia. Las autoridades del Servicio Nacional de Estudios Territoriales (SNET) habían pronosticado lluvias de moderadas a fuertes durante, al menos, una semana.

En la buseta Adrián marca por teléfono a Esther para asegurarse de que lo estén esperando en la parada. Al llegar, observa a Antonio, quien lo espera.

-¡Buenos días!, estira su mano húmeda Adrián.

-¡Buenas! Contesta Antonio – ¡se nos vino el temporal! En la tele dijeron que se viene recio, pero como a saber ¿*va*<sup>69</sup>?, a veces es más lo que lo afligen a uno, ¡Por gusto!

-¡Uyyy! ¡Mire que bienvenida le ha dado la lluvia! Intervino Esther.

-¿Si verdad? Contesta Adrián quien camina de prisa, con ganas de llegar pronto a la casa de oración.

La reunión comenzó con media hora de retraso. Acordaron dejar para después la agenda de trabajo y organizar los preparativos en caso de evacuación, las acciones a realizar a partir de las señales de los colores verde, amarillo y rojo en el muro a la orilla del río. Adrián les recuerda que el verde indica el nivel normal de la altura del río, el amarillo sugiere

---

<sup>65</sup> Tortilla de maíz o arroz gruesa, hecha a mano, que está rellena con uno o más ingredientes.

<sup>66</sup> Acción de sostener con los brazos.

<sup>67</sup> Chaqueta

<sup>68</sup> Cinta autoadhesiva.

<sup>69</sup> Está bien.

precaución en las viviendas a la orilla de la calle y el rojo es el nivel que requiere evacuación de la población.

A la mitad de la reunión, un auto negro con vidrios polarizados aminoró la velocidad, se detuvo un momento frente la puerta de la casa de oración. Esther al percatarse, se levantó y se acercó a la puerta. El auto de inmediato se marchó. Adrián se dio cuenta que el semblante de Esther cambió; se puso seria y a cada rato se asomaba a ver por la puerta para asegurarse que no fueran pandilleros vigilándoles.

La Pedrera es una colonia importante para Naturalia, ya que durante el invierno se convierte en una zona sumamente vulnerable, ya sea por los desbordamientos del río Tecomate que ponen en riesgo a las familias que habitan a la orilla de la calle principal, o por el peligro de los deslizamientos de tierra que ponen en riesgo a las viviendas construidas a menos de un metro de distancia de los paredones.

Durante los dos primeros días del temporal, Adrián llamó por teléfono a Esther, para monitorear la situación y estar pendiente de la comunidad por si era necesario asistir con víveres, por si el río llegaba a desbordarse o, en el caso de algún deslave, ayudar a evacuar. En la madrugada del tercer día el presidente de la República decretó alerta roja, que obliga a evacuar a todas las personas en viviendas en riesgo a deslaves e inundaciones. En La Pedrera, esa orden no se cumplió, por el miedo a que algunos “*malias*<sup>70</sup>” se introdujeran a las viviendas y les robaran sus pertenencias.

Adrián a las 6:30 de la mañana había recibido la noticia e inmediatamente se preparó para ir a su oficina. Se despidió de su hermana y padre quienes eran los únicos despiertos a esa hora, diciéndoles que se reportaría de manera continua durante todo el día y que procuraran no salir de la casa. Luego de haber llegado a la oficina de Naturalia y recibir la indicación de monitorear la situación e inmediatamente enviar un reporte de daños y necesidades encontradas en La Pedrera, Adrián se encamina a la comunidad. Esta vez fue sin previo aviso a sus autoridades, a pesar que se le había advertido que no lo hiciera, debido a los homicidios y asaltos que se llevan a cabo en el lugar. Su sorpresa fue grande cuando al llegar al habitual sitio de reunión (casa de oración), lo encuentra convertido en albergue temporal.

- ¿Y esto? Le pregunta Adrián a doña Esther. ¿Qué pasó?

- ¡Miiiire, don Adrián, no ha pasado nada!, pero la verdad es que no ha parado de llover, y ahora si ya me afligí, con estas lluvias así suavécitas, pero que no paran usted, la tierra se afloja. No vaya a ser se les venga los paredones a esta gente, yo por eso mejor me los he traído para acá, desde ayer en la noche. Si viera ¡No he dormido naada! ¿Va a creer? Hay unas personas que no se quieren salir de sus casas, así que hay que vean, ya es su problema.

- Bueno niña Esther, a ver, dígame entonces ¿Cuántas familias tiene aquí? ¿Qué cosas necesita? ¿Han venido otras instituciones a ayudar?

- ¡Ay Dios usted! ¿Y quién va a venir? ¡Naaadie ha venido! ¡Si casi que sólo que a mi, la niña Rosa y don Antonio nos ha tocado! ¡De ahí nadie usted! Ahorita tengo unas cinco familias, pero mire nunca falta una necia que ahorita se ha ido a ver su casa. Y es que mire, dijo pausadamente Esther, ¡Aquí uno tiene que estar pendiente de sus cositas! ¿verdá? Sino jummm, ¡Por gusto usted!, ¡Naada le dejan! Si aquí mire, señalando en dirección del río, hemos estado viendo con don Antonio que el río no se crezca mucho, porque no vaya a ser nos volvamos a inundar así como con el Mitch. Ese año por culpa de ese maitro<sup>71</sup> que botaba el montón de piedra y ripio en el río, éste se desbordó. ¡El río tapó el montón de casas!, ¡Las cubría! ¡Y ahí la gente con lazos salía y bueno! ¡Ahí pasaban flotando las cosas de uno: televisores, refrigeradoras, hasta postes se veían en el agua! ¡Aunque no lo crea, hubo unos muchachitos ahí *malias* que se metían al agua para agarrarse algunas cosas! ¡Ay Dios! ¡Si eso fue terrible!

---

<sup>70</sup> Término para expresar que alguien es malo, de quien no se puede fiar.

<sup>71</sup> Señor

- ¡Que fregado estuvo eso! Pero bueno, yo quiero insistir, para preveer cosas ¿Qué tipo de necesidades tienen ahorita?

- Bueno, necesidades un montón: comida, colchas, leche para los *cipotillos*<sup>72</sup>. ¡Ahh! ¿Sabe qué? Plástico negro del grueso para el techo, fíjese que el techo tiene varios hoyos y de ahí cae el agua, señala Rosa con la mano las goteras del techo del improvisado albergue.

- Ahorita veo eso. Lo importante es que ustedes ahorita se organicen rápido, dijo Adrián.

- Si aquí la gente cuesta que colabore, pero nosotras las de la Directiva Comunal pues vamos a ver si nos sale lo que nos han enseñado. ¡No es lo mismo una charla que aquí! ¿Verdad?

- Doña Esther la tormenta está arreciendo, dijo don Toño al entrar con su impermeable amarillo. Mire, ahora sí que hay que organizar a la gente para que nos ayude a evacuar, empieza a subir el nivel del río y antes de que se inunde todo, tenemos que ir a convencer a esta gente de que se vayan a lugares más seguros.

¡Dios Guarde! -dijo doña Rosa- Ya hemos tenido malas experiencias antes y como no queremos que esta vez suceda algo peor, tenemos que apurarnos y llamar a Protección Civil...

-¿Aló?<sup>73</sup>, dijo Adrián en el celular, al llamar al 911. ¡Necesitamos ayuda en la colonia La Pedrera! ¡Urge que venga Protección Civil y la Alcaldía! ¡Sí, sí! El río está creciendo y hay también personas que podrían quedar atrapadas al otro lado de la quebrada. ¡No! son las personas que están cerca del río, llegar hasta ahí cuesta por la fuerza del agua, así que ¡por favor le ruego que se apuren! ¡Sí, sí! ¡¡Muchas gracias!! Estaré pendiente.

Para entonces la gente de La Pedrera se ha organizado. Niña Esther es la encargada de supervisar el albergue temporal; don Antonio de estar monitoreando el nivel del agua del río; doña Rosa se encarga de estar actualizando la lista de daños materiales. Por su parte, Adrián espera el apoyo de sus colegas de Naturalia. Estos llegarían cuatro horas después del promotor de la municipalidad, el hombre llegó acompañado por miembros del Cuerpo de Agentes Metropolitanos (CAM), la Policía Nacional Civil (PNC) y hasta militares con la misión de cuidar y proteger a la comunidad y al albergue de la delincuencia.

Mientras tanto, Adrián se va a observar como está la situación gradas arriba, en los sectores donde las viviendas están a menos de un metro de los paredones de más de 15 metros de altura. Las personas le informan que un árbol ha caído sobre una vivienda de lámina, solo vivía un hombre de 45 años de edad, amante del alcohol y que afortunadamente no estaba en la casa. El árbol no se desprendió del todo ya que la raíz lo mantuvo, pero decidieron dejarlo tal cual. Desprenderlo de la tierra humedecida por cuatro días de lluvia, podría hacer que se trajera consigo toda la tierra del borde y cubriera las viviendas aledañas.

La tormenta no da oportunidad de nada. El río ha subido su nivel. Solamente cinco familias más evacúan, luego de que una diputada de un partido de izquierda ha ido a perifonear acompañada de las ancianas de la Directiva Comunal. Accedieron a irse al albergue, pero los maridos y los hijos varones se turnan para ir a echar una mirada a sus viviendas. El resto por miedo y desconfianza a que les saqueen sus hogares, no lo hacen y se exponen al peligro de algún deslave o inundación.

La gente estaba esperanzada con la ayuda de la Alcaldía. Pero ésta no llega con la rapidez que se necesita. Faltan medicamentos, ropa de cama, suéteres, comida enlatada,

---

<sup>72</sup> Cipotes pequeños, niños pequeños.

<sup>73</sup> Palabra utilizada para contestar llamadas telefónicas

colchonetas, cobijas, ropa seca, las personas llegan empapadas. La tos de niños y ancianos preocupan a sus familiares. A media noche, la alcaldía hace llegar “la cena”.

- ¡Los frijoles molidos están rancios! se queja en voz baja una señora.

- Disculpe, mire, ¿Me puede conseguir leche para los niños por favor? Es que no han comido nada. Dice una joven mujer, al hombre de la alcaldía.

- ¿Y estas bolsitas de agua? Dice una joven madre, ¡Ayy padre celestial! Son poquitas y no van alcanzar. Son bolsas de agua con el logo anaranjado de un partido de derecha. La gente parece no notarlos.

- ¡Solo me han dado una colchoneta para toda la familia! dice por ahí un señor, padre de cuatro niños pequeños.

Pasa de la medianoche y Adrián se encuentra en la casa de oración. La tormenta continúa y él, recostado en una colchoneta que le han facilitado, recuerda que en su casa también le espera su familia, el rostro de su hija se le viene a la mente. Llama a su casa para preguntar cómo están sus seres queridos.

-¡Aló! ¿Mamá? ¿Cómo están todos? ¿Y la niña? ¡Ah! ¿Ya se durmió? Yo estoy bien, acá en el albergue, hay gente que no quiere evacuar...¡No se preocupe! ¡Estoy bien! Llamo a la carrera porque ya es tarde. Cuidense mucho y cuideme a la niña por favor. Mañana si puedo les llamo. ¡Salú<sup>74</sup>! El joven cuelga dando gracias a dios porque su familia está bien. Se imagina a su hija durmiendo. ¿Cómo será Itzel cuando cumpla quince años? La imagina de cabello largo y ondulado, de ojos cristalinos.

La jornada ha sido larga. En el albergue todos descansan o lo intentan al menos. El silencio se corta por el llanto de un bebé.

Al cuarto día de lluvia constante la tierra se ha aflojado por causa del agua. El Servicio Nacional de Estudios Territoriales (SNET) predice que éstas continuarán hasta el fin de semana.

Adrián durante toda la mañana ha ayudado en el sector de La Pedrera que se encuentra al otro lado del río Tecomate. Se han caído árboles, postes, ramas.

- ¿Cómo va todo?, pregunta Adrián al volver de la inspección.

- Pues ya, al menos la gente ya no se moja. Dice Esther, brindándole la sonrisa que le suele caracterizar. Pero hacen falta muchas cosas. La gente se queja y tiene razón, se les saca de sus casas por el peligro y se les trae acá. ¿Pero cómo hacemos si estamos escasos de comida, ropa seca? La alcaldía trae agua y comida, pero vienen hasta la noche o medianoche.

-Además, aquí hay varia gente que no debería estar aquí, no le dan chance a quienes realmente lo necesitan. Dice niña Cecilia en voz baja.

-Bueno niña Esther, la verdad es que para mí todo mundo debería ser ayudado y no negarle la atención a nadie, corta Adrián.

- ¡Ahhh!, lo que usted no sabe, dice Esther en voz aún mas baja, es que estos niños aquí andan *ispiando*<sup>75</sup>, viendo quién tiene qué cosa, y eso se lo van a decir a los pandilleros a cambio de una *cora*<sup>76</sup>

---

<sup>74</sup> Palabra utilizada para despedirse.

<sup>75</sup> Espiando

<sup>76</sup> Moneda de veinticinco centavos de dólar.

Adrián guarda silencio por unos segundos con un gesto de incredulidad y luego continúa:

-Bueno, al menos algo se les da, imagínese todos los indigentes que no van a parar a ningún lugar. Pienso en mi hija, la extraño mucho, y preferiría mil veces estas condiciones que tenerla expuesta a una tragedia. Por eso no entiendo por qué muchos de sus vecinos no quieren evacuar y exponen a sus familias a semejantes riesgos...

-¡Miiire!, ¡Que bueno que *usté* extrañe a su hija! ¡Eso no lo hace cualquier hombre! , dice Cecilia admirada.

- *Usté* no me está preguntando, continúa Esther, pero aquí a la gente le cuesta hacerse de sus cositas, no tienen un trabajo que les de mucho *pisto*<sup>77</sup> y pues, si alguien les quita sus cositas, les costará un mundo volverlas a tener.

Esther recorre con su mirada cansada la casa de oración, el improvisado albergue. El ruido de un motor, la hace asomarse a la puerta. Su rostro se ilumina. Su hijo llega en una motocicleta. Su *chumpa* amarilla con negro llama la atención de los jóvenes sentados frente al ciber café, quienes con una mirada de admiración le alzan la mano como un gesto de saludo. Adrián, sin perder detalle, piensa para sus adentros: uyyyyyy, esos tatuajes...uyyyyyy ¡ es el hijo de niña Esther! ¡*puuya*<sup>78</sup>!

Han cesado las lluvias, el sol desesperante cala sobre La Pedrera. La campana del sorbetero vuelve a escucharse en los pasajes de la colonia. Los “muchachos”, sin la presencia militar, se juntan nuevamente frente a la tienda de don Tito. Don Antonio otra vez a su trabajo nocturno con la municipalidad y Esther a sus labores hogareñas y de la directiva comunal.

En las instalaciones de Naturalia Adrián elabora su informe. Reporta actividades, elige fotografías, ajusta el cronograma de visitas. Está contento pero indeciso. En su bandeja de entrada de correo electrónico, tiene una nueva propuesta de trabajo. Adrián sopesa, compara las ventajas y desventajas de continuar en La Pedrera. La belleza de las montañas de la Mancomunidad El Trifinio, al norte del país, la mejora sustancial en su salario, la estabilidad laboral de un proyecto de cinco años, son tentadoras.

---

<sup>77</sup> Dinero

<sup>78</sup> Palabra que expresa admiración.